

JUAN MARRERO BOSCH

GERMÁN
O
SÁBADO DE FIESTA

PRÓLOGO DE
CLAUDIO DE LA TORRE

EDICIONES DEL EXCMO. CA-
BILDO INSULAR DE
GRAN CANA-
RIA

Entre los primordiales propósitos del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria se ha contado siempre el estímulo y exaltación de todas las actividades del espíritu en la Isla. Para hacer más eficiente ese propósito, el Excmo. Cabildo, a través de su Comisión de Educación y Cultura, ha emprendido unas cuidadas ediciones que abarcan diversas ramas del saber y de la creación literaria.

Entre otros textos, se publicarán antologías, monografías y manuales en que se presenten y estudien aspectos relativos a nuestras Islas; y se reeditarán, además, obras que por su rareza, por su importancia o por su antigüedad, merezcan ser divulgadas. A competentes especialistas se encomendarán los prólogos y notas, así como cada una de las ediciones.

* * *

Esta empresa editorial constará de las secciones siguientes:

- I.—Lengua y literatura.
- II.—Bellas Artes.
- III.—Geografía e historia.
- IV.—Ciencias.
- V.—Libros de antaño.
- VI.—Varia.

PRÓLOGO



1655

JUAN MARRERO BOSCH

GERMÁN
O
SÁBADO DE FIESTA

PRÓLOGO DE
CLAUDIO DE LA TORRE

1967

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>57527</u>
N.º Copia <u>57534</u>



Depósito Legal G. C., 189-1967
Imprenta Lezcano—Paseo de Tomás Morales, 17

Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria
(*Comisión de Educación y Cultura*)



I

LENGUA Y LITERATURA

(Al cuidado de Ventura Doreste y de Alfonso Armas)

ME une a Juan Marrero Bosch esa sangre de los Millares que desde hace ya siglos alimenta una parte de la producción literaria y artística de nuestra común ciudad natal. A lo largo de muchos años, casi sin interrupción, por una misteriosa ley de herencia se diría que aquel apellido familiar —segundo mío y cuarto de Juan Marrero Bosch— nos ha empujado a todos suavemente, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, a participar en esa continua alegría del mundo que ha sido siempre el cultivo de las letras y las artes. Poetas, novelistas, autores dramáticos, historiadores, ensayistas, gramáticos, filólogos, pintores y músicos han tenido por lo menos una representación, cuando no varias, en las diversas ramas que hoy multiplican el árbol primitivo.

Hoy llega a mis manos la última obra de Juan Marrero. Es una comedia dramática y se titula *Germán o sábado de fiesta*. No ha perdido en el viaje de isla a isla, pese al viento, la lluvia, la niebla y los mares que nos separan, ese inconfundible aroma de laurel que quedó entre sus páginas al recibir el *Premio de Teatro Pérez-Galdós*.

Quiero decir, en términos menos líricos, que, al tratarse de una obra galardonada por esa ejemplar institución que es la Casa-Museo de Colón de mi nunca olvidada ciudad de Las Palmas, tenía forzosamente que evocarme el motivo, el momento y el lugar.

Y como una vez que comienza la evocación la memoria se va rápidamente hacia atrás, vuelvo a encontrarme en aquel 1951, del que hoy nos separan quince años, y en nuestra casa de Madrid, de la que hoy me encuentro a cientos de kilómetros. Pero la escena se reproduce nítidamente, sin empañarla el tiempo ni el espacio.

Fue en aquel atardecer madrileño —porque la luz de los sucesos reales es la que mejor ilumina los recuerdos—, cuando descubrí la decidida vocación de Juan Marrero, mientras le oía leer, con voz ronca y apasionada, una de sus primeras come-

días. No he olvidado tampoco su título, *Esperando la vida*, por lo exactamente que definía entonces la actitud expectante del autor al trasponer la adolescencia.

Así, muy joven, le veo también en los primeros años en que yo dirigía el Teatro María Guerrero y él era espectador puntual en los estrenos. Durante ese tiempo, en el teatro y en nuestra casa, su presencia se hizo más familiar aún. Me gustaba a veces contemplar la insobornable rebeldía de su juventud, hirviente de proyectos y ambiciones, como si me mirara en el espejo, ya borroso, de mi propia y distante juventud.

Conocí después una nueva comedia suya, *Los Abascal del Comercio*, obra en la que el tiempo y la melancolía empujaban las vidas de unos personajes, hasta arrastrarlos a un vuelo final, como aves mutiladas. Comedia de entrañable aspereza —que es una de las formas de la poesía en Juan Marrero—, la tuve, desde las primeras escenas, por el brillante augurio de un indudable autor dramático. A punto estuve de estrenarla. Y a punto estuvo también de obtener el *Premio Carlos Arniches*, años después, esa otra obra suya titulada *El último día*.

Estos eran los más destacados antecedentes que recordaba yo al leer *Germán o sábado de fiesta*. Y aquí he de hacer un alto en los recuerdos para justificar estas palabras preliminares.

Agradezco la invitación de Juan Marrero para escribirlas, sin olvidar el cariñoso empeño de ese joven y ya ilustre maestro de nuestras letras, que es Ventura Doreste. Los dos sabían el doble gozo que me proporcionaban sus requerimientos. Porque, a mi entender, *Germán o sábado de fiesta* es ya la obra lograda, la confirmación jubilosa de un nuevo autor dramático. Nacido por añadidura en nuestras islas, no sólo la escena se enriquece con un nombre más, sino que la lista de dramaturgos canarios, más abundante de lo que registran los manuales, ve prolongarse de nuevo, con luz propia, su proyección hacia el futuro.

Confieso, además, que es ésta una de las contadas comedias extraordinarias, no habituales en la actual producción, que he leído en los últimos tiempos. Tiempos difíciles para el teatro, para el espectáculo teatral, porque fuera de sus paredes,

a lo largo de la tierra, se representa desde hace años un drama interminable en el que participan, forzosamente, todos los espectadores disponibles.

El teatro, como cualquier otra aventura espiritual de nuestra época, dispone de un público limitado y, por desgracia, no siempre atento a lo que oye. El autor, a quien corresponde la voz cantante de esa minoría, siente la necesidad de comunicarle su versión personal de lo que ocurre alrededor, para lo que utiliza las más diversas fórmulas de comunicación teatral. Así, entre otros esfuerzos, a la desesperada, nace el teatro de la violencia, que con tanta frecuencia motiva el desagrado de ciertos públicos, empeñados a toda costa en mirar hacia adelante con ira.

Lo que no quiere decir, claro está, que el teatro de la violencia sea necesariamente el del futuro. No. El teatro lo abarca todo, en él se juntan todas las tendencias, por dispares que sean, pues para eso es el arte de mayor cabida, el que mejor resume, de manera más expresiva, las ideas y los sentimientos de cada época, múltiples también. El teatro, por lo tanto, puede ser el exponente de realidades distintas, y hasta de sueños irreales, siempre que unos y otros hayan sido interpretados con honestidad. Lo que no vale es falsearlos y contar otra cosa.

El teatro de la violencia no será, pues, exclusivamente, el del futuro, pero es sin duda, en gran parte, un teatro del presente. En él ha entrado Juan Marrero, si es que ya no estaba dentro de él desde sus primeras obras, con la última comedia suya que comentamos. Porque este tipo de teatro no hay que medirlo únicamente por sus escenas más o menos violentas, sino también por el propósito con que el autor se introduce en el conflicto dramático para desentrañar ese más hondo contenido intencional que rompe convencionalismos y apariencias.

Con *Germán o sábado de fiesta*, a mi juicio, se ha dado uno de los pasos más importantes para la incorporación de nuestra dramática isleña al teatro universal. No le falta, para subrayar su novedad, ni la localización concreta del lugar de la acción: un barrio nuevo de la ciudad de Las Palmas. En

uno de los bloques de pisos que hoy van sustituyendo a la singular casa canaria en las más recientes urbanizaciones, con la interrupción intermitente del ascensor que sube y baja, péndulo desacompañado de los nuevos modos de vivir en una ciudad que hasta ayer no tenía ascensores, conocemos a la familia de Juan, el protagonista. Son seres todos ellos con su personalidad independiente, condenados sin embargo a enfrentarse unos con otros a diario, en el espacio reducido de la vivienda, cada uno con su carácter, sus ambiciones distintas y sus sueños.

Se diría, al leer la comedia, que el autor se ha sentado silenciosamente en un rincón de la escena para verlos vivir. No olvida, al observarlos atentamente, ni el más leve matiz que pueda definirlos. Así unas veces recoge con maestría, pero a distancia, el diálogo costumbrista de la primera escena. No interviene en ella, sino escucha, deja hablar a las dos mujeres. Teresa queda definida para el resto de la obra. El recuerdo de Pino volverá en los últimos minutos de la comedia, cuando su amiga se dispone a olvidarla. Círculo que se cierra sobre una escena anecdótica, evocada al final, sin citarla, con seguro instinto teatral.

Más breve, pero no menos definidora de humanos caracteres, es la despedida de Juan y Carmelo en los comienzos del acto segundo. El campesino canario, figura tópica del teatro costumbrista, es aquí un personaje nuevo.

En la comedia juegan también papel principal los ruidos cotidianos: las risas, los pasos, la música. También el silencio. Ana es la melodía inacabada que quedó en el aire.

Las escenas mayores corren a cargo de dos seres nacidos para no entenderse nunca: Teresa y Juan, la madre y el hijo. «Vamos a ver si un día —le dice Teresa— nos entendemos». «No, madre, hoy. Un día, no. Ahora mismo, si usted quiere. ¡Es que tiene que ser hoy!» Porque la comedia toda es el día de Juan. Lo ha esperado durante meses. Puede ya soñar libremente. Ha roto al fin las cadenas que le inmovilizan. ¡Hoy, sábado de fiesta!

Juan busca su verdad, la suya y la de los que le rodean. Representa en cierto modo las raíces del pasado, porque cree

que el árbol nuevo no puede tener otra savia. Es como una amargura sentimental la que le empuja, bien visible cuando trae a la memoria el recuerdo del padre en una de las escenas más entrañables de la comedia. Reacciona violentamente contra lo que no cree auténtico, porque confiere al hombre de mañana una misión moral. Del pasado, sin embargo, no toma sino el emocional punto de partida. En lo que realmente piensa es en el porvenir. Es, por lo tanto, un reformador social y, si con el tiempo no le escuchan, será también un revolucionario. Representa, en resumen, esa fuerza oscura, latente desde que el mundo existe, que clama contra las injusticias. Como nada puede hacer por remediarlo en un ambiente que le arrolla, se dedica de momento a destruir.

Juan Marrero Bosch ha contado esta historia, sin detenerse, como decíamos, ante el mundo de las apariencias. Detrás del muro estaba la verdad y él ha sabido desmontarlo, piedra a piedra. Al otro lado le aguardaba el alma desnuda de Juan.

Tengo, para mí, que *Germán o sábado de fiesta* es la obra de un gran autor dramático.

CLAUDIO DE LA TORRE

Londres. Enero de 1967.

GERMÁN O SÁBADO DE FIESTA

Comedia dramática en dos actos

DEDICATORIA

A esta ciudad mía de Las Palmas, en donde me correspondió nacer, reír de niño, hacerme mayor de edad.

A esta ciudad mía de Las Palmas, esta comedia dramática, este juego violento, esta tragedia posible, con un problema de hoy y de mañana.

PERSONAJES

(por orden de aparición)

JUAN

TERESA

PINO

ANA

SANTIAGO

CARMELO

UN HOMBRE

La acción en Las Palmas, en los días de hoy.

Es en una habitación pintada de gris. De una vivienda media, sin lujo ni pobreza, dentro del interminable bloque de iguales pisos repetidos.

En la mitad de la desierta pared del fondo destaca una puerta. Está cerrada. Es de reluciente madera barnizada.

Un aparador antiguo, con cierto esplendor, aparece adosado a la pared de la derecha. En su parte superior, tras los cristales, el aparador contiene algunos escasos objetos de valor: dos bandejas de plata, un juego para café de porcelana roja, dos botellones de cristal cortado. Debajo, sobre un mostrador de mármol, hay un jarrón lleno de eternas rosas de plástico.

La mesa, muy próxima al aparador, está cubierta con un mantel blanco. Hay cuatro sillas alrededor. Cuatro platos, cuatro vasos. Y un cuchillo afilado hacia la izquierda, tres sillones modernos, amarillos y negros, vulgares, forman círculo a una mesita redonda. Encima, un transistor corriente, enfundado de cuero. Y otro jarrón lleno de eternas rosas de plástico.

Hay dos puertas más, una en cada lateral. Está abierta la de la derecha, situada muy en primer término.

Por el alto ventanillo, al fondo de la pared izquierda, llegan de vez en vez, lejanas o próximas, las voces de cientos de vecinos. Es el inmenso patio interior del inacabable edificio de exactos hogares multiplicados.



ACTO I

Juan, en pie, de espaldas, está solo en el centro de la habitación. Mira fijamente a la puerta del fondo, cerrada, de reluciente madera barnizada.

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

Después, Juan se vuelve y va junto a la mesa, a la derecha. Juan tiene treinta y cuatro años; es alto, magro. Sin americana. Su camisa es blanca y negra la corbata.

Juan ha tomado un cuchillo de la mesa. Los dedos de su mano derecha lo aprietan con honda fuerza.

Todas las voces de la vecindad han enmudecido en un extraño instante. Entonces, por la abierta puerta de la derecha, llega la confusa conversación ininteligible de dos mujeres.

Juan torna a situarse, nuevamente, ante la puerta del fondo, cerrada, de reluciente madera barnizada. En su mano derecha está el cuchillo.

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

TERESA.—(Dentro, desde la derecha, una voz seca que llama) ¡Juan!

Juan permanece inmóvil unos segundos más. Y, de pronto, avanza, abre la puerta del fondo, de reluciente madera barnizada, sale y cierra.

Uno, dos, seis hombres rompen a reír prolon-

gada, súbita y escandalosamente en un piso muy cercano. Luego el silencio parece mayor.

TERESA.—*(Dentro, una voz que se aproxima)* ¡Juan!

Y Teresa entra por la derecha. Detrás, despacio, surge Pino. Teresa tiene cincuenta y nueve años. Es delgada, amarga, enérgica. Viste falda y blusa baratas, multicolores. Un delantal. Lleva cuatro platos en las manos. Encima, los cubiertos.

Pino es de la misma edad de Teresa, pero parece más vieja y cansada. Una dulce sonrisa tímida o nerviosa; un aire de servil bondad. Su vestido es negro, humilde y limpiísimo. Lleva un monedero grande, oscuro y económico. Usa gafas de concha.

(Entrando) ¡Juan! ¿Pero y dónde está?

PINO.—*(Nerviosa, suplicante)*. Habrá salido para la calle.

Teresa, por Dios, si no hace falta...

TERESA.—*(Interrumpiendo, autoritaria)*. Sí; sí hace falta.

Para que se lo oigas decir a él mismo. Porque te estás creyendo que te estoy diciendo mentiras (deja platos y cubiertos sobre el mármol del aparador) y eso sí que no...

PINO.—*(Atónita)*. Jesús, Teresa, te lo juro...

TERESA.—No me jures tanto que ya te conozco. *(Mutación. Va hacia la derecha)*. Pero si no puede haber salido...

PINO.—*(La sigue)*. Teresa, yo te lo juro que ni por la cabeza se me ha pasado... ¡Jesús bendito!

TERESA.—*(Escéptica)*. Sí, ya. *(Llama)*. ¡Juan! ¿Pero es que no me oyes?

PINO.—*(La detiene)*. ¿Me quieres hacer el favor? En-

seguida te enfadas. (*Una débil sonrisa*). Te enfadas de nada, Teresa. Igual que siempre. (*Con cierta firmeza*). Yo no necesito que me lo diga tu hijo Juan, me basta con tu palabra. Para que lo sepas.

TERESA.—(*La mira, con un ademán de superioridad que conservará durante su conversación a solas con Pino*). Pues para que lo sepas también tú, yo ni siquiera he visto hoy a Don Germán, ¿te enteras? Fue mi hijo Juan el que me dijo que Don Germán comía fuera, con esos amigos precisamente. ¿Estás contenta ya? Juan tiene esta semana el turno de noche en el bar y no ha salido en toda la semana por las mañanas. Nadie más que Juan ha visto hoy a Don Germán. Nadie más. ¿Qué más quieres?

PINO.—(*Una sonrisa entrañable, humilde*) La casa.

TERESA.—¿Pero vas a empezar otra vez, Pino? ¡Jesús!

PINO.—Mujer, perdona. Pero si yo te estoy muy agradecida de que le vayas a hablar a Don Germán...

TERESA.—Bueno, pues entonces ya está. (*Toma los platos del aparador*). Pino, ¿tú sabes qué hora es? Las dos menos cuarto.

PINO.—No, si ya me voy ya. Con todo lo que me me queda por hacer... Mi nuera tiene los tres más chicos malos. (*Cambia*). Pero tú sabes que si Don Germán quiere me consigue la casa enseguida, Teresa, tú lo sabes. Mira, el marido de Lolita, mi prima, me dijo el otro día que los padres de Don Germán son millonarios y que han dejado muy buenas amistades aquí...

TERESA.—(*Deja los platos sobre la mesa*). Mira, Pino, a mí lo que me ha molestado es que pensaras que yo te iba a decir una cosa por otra...

PINO.—...Que no, mujer...

TERESA.—Cállate y déjame hablar. Si cuando tú viniste la semana pasada a pedirme la casa yo te dije que hablaría con Don Germán, pues es que voy a hablar con él y más nada. ¿Estamos? Lo que pasa...

PINO.—Lo que pasa es que tú no sabes lo que es vivir dentro de aquel portón, Teresa. Nunca lo has sabido. Once personas. Y toda la casa nuestra es un poco más que esta habitación, si llega.

TERESA.—(*Un gesto de impaciencia*). Pino, yo tengo que buscar el momento bueno para hablar con Don Germán. Lo que parece cosa mentira es que no te des cuenta. Ahora, con los amigos esos que vinieron de la Península... (*Se detiene*). Bueno, yo creo que vinieron a llegar a Las Palmas el mismo día que tú viniste a pedirme la casa... Claro, el mismo.

PINO.—(*Sonríe*). Mira a ver. Con tantas turistas. (*Habla, es feliz*). Y con este sol en el mes de marzo... Si antes no había estos días, ¿verdad? Parece que ha cambiado el tiempo desde que llegó el turismo.

TERESA.—Es que estas islas son muchas islas, Pino. Bueno, no te me pongas a hablar, que ya te conozco. Pues, como te iba diciendo (*empieza a poner, despacio, los platos*), con los amigos esos aquí, contado es el día que Don Germán come

- en mi casa, contado. Y eso que casi ni los conoce, ¿sabes?
- PINO.—¿No?
- TERESA.—Está claro que no. Don Germán es canario, mi hija, es nacido aquí, ¿qué te creías tú?
- PINO.—Ah, pues yo que me creía...
- TERESA.—Sí, señora, al padre, nada más casarse, lo destinaron de Delegado de la Constructora aquí, a Las Palmas... Don Germán nació aquí. Canario y con veintiocho años. *(Sigue poniendo la mesa)*.
- PINO.—*(Señala la puerta del fondo, cerrada, de reluciente madera barnizada)*. ¿Cuál es la habitación de Don Germán? ¿Esa?
- TERESA.—*(Seca)*. Sí. Esa.
- PINO.—*(Está mirando la puerta del fondo con enorme seriedad. Después, añade, despacio)*. ¿Era la tuya, no?
- TERESA.—*(Se interrumpe en su labor. Mira a Pino. Molesta)*. ¿Pues tú no lo sabes, que te lo dije el otro día? ¿Para que me estás preguntando? *(Retorna a su ocupación)*. Pino...
- Pino vuelve a mirar, con expresión asustada, hacia la puerta del fondo, cerrada, de reluciente madera barnizada.*
- (Sin mirar a Pino)* ...se me va a atrasar el almuerzo por culpa tuya... *(Media una pausa. Teresa, extrañada, repara en Pino)*. ¿Qué miras?
- PINO.—*(Parece retornar de un pensamiento desagradable. Se santigua)*. ¡Jesús!
- TERESA.—*(Sorprendida)*. ¿Qué tienes?
- PINO.—*(Una sonrisa forzada)*. Nada... nada, mujer... *(Se anima a hablar)*. Que se me vino a la ca-

beza... ¡Jesús, por Dios! ...Pensamientos míos...
Que mirando para la puerta esa...

TERESA.—¿Qué le pasa? La mandé a barnizar cuando le alquilé la alcoba a Don Germán...

PINO.—Pues por eso será...

TERESA.—¿Qué?

PINO.—(*Se decide*). ¡Vaya! que mirándola así... tan brillante... tan reluciente... se me vino a parecer... ¡a un atáud puesto de piel!... fijate tú...

TERESA.—¿Pero tú estás loca? ¡Fíjense ustedes que imaginación y las cosas que tiene una que oír! Vete, ya, mujer de Dios... Mire usted qué ocurrencias. Anda, vete ya, que tengo mucho que hacer...

PINO.—Pues, perdona... (*Vuelve a su asunto*). ¿Entonces?

TERESA.—De la casa, tú dame tiempo y ya verás... (*Muy digna*). Yo no me olvido de mis amigas, Pino. (*Mira hacia la puerta, un segundo*). Tus ocurrencias.

PINO.—Teresa, seis años teníamos las dos cuando nos conocimos. ¿Te acuerdas? (*Se detiene; está en el medio de la escena*).

TERESA.—(*Desea que Pino se vaya; va hacia la izquierda*). Bueno, tú ten paciencia y más nada. Paciencia y tiempo.

PINO.—(*La mira, casi sarcástica*). Paciencia y tiempo. ¿Más todavía? Los pobres no tenemos sino de eso. Ave María... (*La mira*). Claro, como tú has tenido suerte. Porque quitando lo de tu marido...

TERESA.—(*Seca*). ¿Y mi hijo Luis, qué? Suerte, dice... Mira, Pino, hazme el favor de callarte.

PINO.—Mujer, quiero decir... Mejoraste cuando te

tocó la lotería. Ahora eres una señora... Y hasta hablas peninsular, y todo...

TERESA.—Cuatro pesetas que se fueron enseguida...
Anda, cállate ya.

PINO.—(Con cierta fuerza). Pero, mujer, el que la madre de Don Germán, al embarcarse para siempre para la Península te dejara a su hijo viviendo en tu casa... es una suerte... Al final, ya eras casi su amiga...

TERESA.—(Vuelve al centro, orgullosa). ¿Su amiga? Porque tenía confianza en mí y más nada. Y la casualidad de que por ser ella peninsular no tuviera ningún pariente en Las Palmas... Y que Don Germán aún tiene los estudios a medias... El peritaje ese... Y que la madre, con lo desconfiada que es, lo iba a dejar por ahí, por hoteles o algo de eso... Suerte, dice... A lo mejor tú te has creído que saco un dineral por tenerle el cuarto ese alquilado... Pues si... (Cambia). ¿Pero dónde se habrá metido mi hijo Juan? (Mira a Pino). ¿Tú sabes cuántos años estuve yo yéndole a lavar y a planchar la ropa a la madre de Don Germán? Cuatro veces en semana, que tú lo sabes... Antes de coger las perras de la lotería, ¡durante once años! Once, que se dice muy pronto, Pino. (Amarga). Las impertinencias que le tuve yo que aguantar... eso no lo sabe nadie más que yo... Porque el hijo, Don Germán, eso es un caballero, pero a ella... Déjame callarme. ¡Guardado lo tengo y bien guardado! Todo lo que le aguanté. (Breve pausa). A lo mejor este es el premio.

PINO.—(*Acaso con socarronería*). Entonces, me estás dando la razón.

TERESA.—(*Un poco para sí*). Porque eran otros tiempos y una tenía que callarse.

El ruido de un ascensor. Se acerca. Se detiene

PINO.—(*Orgullosa*). ¿Te dije que hoy subí en el ascensor? Yo sola. Y no me dio miedo ninguno.

TERESA.—(*Cansada*). Sí, Pino, ya me lo dijiste. Pino, que tengo que terminar de poner la mesa. Y hoy he hecho puchero.

PINO.—Dichosa tú que lo puedes hacer.

Teresa y Pino están junto a la puerta de la izquierda. De pronto ésta se abre y entra Ana. Es una mujer de treinta y dos años. Una belleza triste, apagada, tranquila o resignada. Un aire de corrección. Lleva un vestido verde, sencillo y elegante. Su peinado destaca: es muy cuidado, casi llamativo.

ANA.—(*Se guarda el llavín en un bolso*). (*Habla con perfecto acento castellano, que contrasta con el de Teresa y Pino*). Buenos días. (*A Pino*). ¿Cómo está usted?

PINO.—Buenas tardes, Anita. ¿Qué le voy a decir? Viviendo y gracias, como dice mi hijo Antonio. Gracias a Dios.

TERESA.—(*Ha cambiado. Sonríe. Es amable*). Ya sabes tú cómo es Pino. Siempre quejándose. No tienes remedio, querida.

ANA.—(A Pino). ¿Y sus nietos? (Deja el bolso sobre un sillón).

PINO.—Tres malos tengo ahora, conque fíjese usted.

TERESA.—(Va hacia la mesa, a la derecha). Bueno, adiós, Pino. Si ustedes se quieren poner a hablar muy bien; pero lo que es yo tengo que hacer.

PINO.—No, Jesús, qué va.

ANA.—Espero que no sea nada de consideración lo de sus nietos.

PINO.—De la farmacia vengo. Pero una de las medicinas dicen que no las paga el Seguro.

TERESA.—(Retorna a terminar de poner la mesa). Bueno, Pino, vete tranquila y deja eso de mi cuenta. Pino, si te quieres quedar a almorzar.

PINO.—(Sorprendida). ¿Yo? Pero si ya almorcé a las doce, Teresa.

TERESA.—(Que esperaba tal contestación). Ah, bueno... (Sigue poniendo la mesa).

PINO.—(A Ana, dispuesta a salir por la izquierda). Anita, cada vez que la veo está usted más elegante y más guapa.

ANA.—(Siempre educada; sonrío). Muchas gracias.

PINO.—Anita, dígame también usted algo a Don Germán. De la casa.

ANA.—¡Ah, ya! Descuide, descuide usted.

TERESA.—No seas pesada, Pino.

PINO.—No se me olvide, Anita, no se me olvide. Que usted no sabe cómo estamos allí dentro.

ANA.—Ya me hago cargo, ya.

PINO.—Todo lo que le diga es poco, mi hija. Bueno, adiós y buenas tardes. Ya no las molesto más.

TERESA.—(*Sonríe*). Adiós, Pino. Y que se te ponga buena tu gente, mujer.

PINO.—¿Entonces... vengo la semana que viene?

TERESA.—Sí, cuando tú quieras, Pino.

PINO.—Pues, gracias otra vez. Adiós, Anita. Y que siga tan guapa.

ANA.—Muchas gracias. Y que se pongan bien sus nietos.

PINO.—¿Verdad? Para los pobres, por lo menos, salud. Y gracias a usted también, mi niña. (*Sale*).

ANA.—(*Despidiendo a Pino, en la puerta, hacia fuera*). Buenos días. (*Ana cierra la puerta de la izquierda*).

TERESA.—(*Cambia. De nuevo, secamente*). ¡Jesús, menos mal que se fue ya! Cada día está más pesada. Vaya una lata que me está dando con su dichosa casa. Y tú, venga a darle conversación.

Uno, dos, seis hombres rompen a reír prolongada, súbita y escandalosamente en un piso muy cercano.

(*Empieza a poner los cubiertos*). (*Otro tono*). ¿Te pagó?

ANA.—(*Tiene la vista fija en la mesa*). ¿Solamente cuatro puestos?

TERESA.—(*La mira; se interrumpe*). No, si eso ya me lo sabía yo. ¿No te ha pagado Doña Carmen, verdad? Esa, lo que es, es una fresca, te lo digo yo. Pero tú le entregaste el traje, ¿a que sí?

ANA.—Estaba su hija, nada más. La pequeña.

TERESA.—(*Agria*). ¿Y qué? ¡Es una fresca y más nada!

Y lo repito donde quiera que vaya. Me parece que la estoy oyendo. (*Remeda*). «Ana, quiero el vestido el sábado, sin falta, por si a mi marido se le ocurre salir por la noche». ¿Qué? ¿No te lo dijo? Pues debió entregarle el dinero a la niña, si iba a salir.

ANA.—(*Indiferente, siempre correcta; no desea hablar, con Teresa*). Puede que lleves razón...

TERESA.—¿Puede?

ANA.—...Pero hoy es sábado y no me pareció bien...

TERESA.—Puede, dice. ¡Tengo toda la razón! ¿No has trabajado tú? Y anoche te estuviste hasta tardísimo para terminárselo. (*Pausa breve*). Pues Doña Carmen esa debió cumplir también. Las cosas claras.

ANA.—(*Está junta a la mesa; la ayuda*). Pagará. No es mala cliente.

TERESA.—(*Grandilocuente*). ¡Ave María Purísima! No es mala cliente. ¡Pero si estuvo más de un año para acabar de pagarte el abrigo!

ANA.—(*La interrumpe*) ¿No almuerza hoy en casa?

TERESA.—(*Molesta por la interrupción de Ana*). Mira, por mí, como si le quieres regalar el traje. ¿Qué te has creído tú? Caramba. (*Cambia*). Bueno, el marido se le debía largar con otra esta noche. (*Mira a Ana, seca*). No, tampoco almuerza hoy aquí. Ni sé para qué me lo preguntas. ¿No ves cómo estoy vestida? Por lo menos comeremos temprano, porque mi hijo Santiago estará al llegar.

ANA.—Apenas son las dos. (*Consulta su reloj pulsera*).

TERESA.—Y tarde es. A mí lo que me ha gustado

siempre es comer temprano. Fue lo único a lo que mi marido consiguió acostumbrarme. (*De pronto se detiene, sorprendida*). ¿Eh? Aquí falta un cuchillo. Uno de esos que cortan bien; lo traje para el pan... Sí. Pero si antes lo cogí, estoy segura. Segurísima.

ANA.—Déjalo, traeré otro. ¿Qué más te alcanzo? (*Cambia*). Ah, ¿no sabes? En la calle me encontré con Doña Rosalía y me abonó las cien pesetas que le restaban por pagar de la falda. Ya ves.

TERESA.—Está buena esa también. (*Cambia*). Además, esos son asuntos tuyos. Yo, si te pregunto, es por ti, no te vayas tú a creer lo que no es.

ANA.—Por supuesto. (*Con intención*). Ya sé que no tengo que rendirte cuentas de mi trabajo. (*Va hacia la puerta de la derecha*). Te alcanzo ese cuchillo. ¿Qué más?

TERESA.—Espera. Es que estoy loca de la cabeza, porque yo estoy segura de que antes cogí el cuchillo. Y encima, Pino... (*Con ironía*). Como te marchaste tan temprano para la calle no te pude advertir que Germán comía fuera. De verdad. (*Hipócrita*). Yo no lo he sabido hasta hace una hora. Me lo dijo Juan. (*Cambia*). ¿Por cierto, tú lo viste al subir?

ANA.—¿A tu hijo? Pues no. En el portal no estaba.

TERESA.—Pues esto es un misterio, porque para el cuarto de él no ha ido. (*Llama*). ¡Juan!

ANA.—Andará por el paseo. Las Alcaravaneras está hermosísima hoy. Y el puerto, lleno de barcos.

TERESA.—Como si no supieras tú que él no sale nunca por las mañanas cuando tiene el turno por la

noche. (*Sarcástica*). Y si sale, se va para la Playa de las Canteras... a recordar... Yo no sé lo que tiene, pero toda la semana se la ha pasado de un lado para otro aquí dentro metido... Me tiene harta.

ANA.—(*Va hacia la derecha*). ¿Traigo el pan?

TERESA.—(*Desea molestar a Ana*). Te hubieses ahorrado la peluquería, mujer. ¿Quién te ha peinado? ¿Los veinte duros de Doña Rosalía? No, si te queda divinamente. Pareces mucho más joven.

ANA.—(*Nunca pierde la calma*). Gracias. ¿Qué pan traigo? Como hoy Germán no come en casa...

TERESA.—(*Igual*). Oye, de verdad, Juan me lo dijo hará cosa de una hora. De verdad. (*Exagerada*). ¡Si no he visto hoy a Germán! ¿No te lo crees? Pues como lo estás oyendo; no ha venido hoy a saludarme, a darme los buenos días. Fíjate tú. La primera vez en siete meses que lleva viviendo en mi casa. Estoy muy disgustada. Porque, además, es que me parece tan raro en él... con lo educado que es. Ah, pero pienso decírselo; ah, sí, sí. ¿Te crees que no? Todos los días desde que se levanta viene corriendo a darme los buenos días. Menos hoy. Yo no lo entiendo. Se marchó sin desayunar, ni nada. Servido me dejó el desayuno.

ANA.—(*Se detiene*). Pero, exactamente, ¿qué te dijo Juan?

TERESA.—Que Germán comía otra vez con los amigos esos, con los peninsulares. (*Pausa nostálgica*). Deben ser como Germán, ¿verdad? Tienen dinero, y

son jóvenes... (*Convencida*). Esa, esa es la única felicidad y más nada, Ana.

ANA.—¿Qué agua traigo? ¿Del tiempo?

TERESA.—Pues claro. De la pila. Y trae el cuchillo y un vaso más para Santiago. (*Cambia*). No, mira, déjalo, yo voy. Sí; yo voy. Al puchero ya no le falta mucho fuego. Mientras tanto, vete arreglando tú el cuarto de Germán de una vez.

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

ANA.—(*Sorprendida*). ¿Ahora? Pero si anda con esos amigos...

TERESA.—Vete arreglándolo y es una cosa de menos. (*Irónica*)... Además, mujer, a lo mejor viene después a ponerse otro traje... Digo yo.

ANA.—(*Seria. Muy contenida*). (*Tras una pausa*). Nunca reñiré contigo, Teresa. Te lo prometí. Por favor.

TERESA.—(*Histriónica*). ¿Enfadarnos tú y yo? ¿Pero qué estás diciendo? ¡Jesús por Dios! ¿Y por qué?

ANA.—Yo me entiendo, Teresa.

TERESA.—(*Mediadora*). Pero, Ana, si para mí tú eres como una hija; yo no tengo otra nuera más que tú... ¡Enfadarnos nosotras! ¡Por cuanto! ¿Y qué iba yo a hacer sin ti? (*Quejumbrosa*). Cuando mi hijo Juan se case, si es que se me casa, yo voy a estar bajo la tierra, querida... Porque al paso que va, tú vas a ver... Treinta y cinco años me cumple en junio, ahora mismo como quien dice, el dieciséis... (*La mira*). A no ser que seas tú la que te cases con otro otra vez... y nos abandones.

ANA.—(*Cansada, quieta*). Sabes que no. Y lo sabes, porque te lo he repetido cientos de veces.

TERESA.—(*Rápida*). Y yo por mi pobrecito hijo Luis, que Dios lo tenga en su gloria, te lo agradezco bastante. (*Firme*). Pero yo creo que te debías casar. A los treinta años...

ANA.—Treinta y dos.

TERESA.—Da lo mismo. Cásate, Ana, cástate. Ahora es otra época. (*Orgullosa*). Si mi hijo Santiago me traerá una nuera, la que yo quiera, desde que yo se lo diga. ¿Ese? ¡Bueno! Estate segura. (*Afirmando*). Ese sí, Ana, ese sí. (*Cambia autoritaria*). Anda, anda, vete arreglando la alcoba de Germán. (*Señala la puerta del fondo, cerrada, de reluciente madera barnizada*).

Pero inmediatamente se abre la puerta del fondo y entra Juan. Su actitud es normal. Sonríe levemente. Trae una radio portátil grande, lujosa, muy cara. Juan cierra la puerta del fondo tras de sí.

TERESA.—(*Muy sorprendida. Agria*). ¿Pero tú estabas ahí dentro?

JUAN.—(*Va hacia los sillones de la izquierda*). Esta radio, y usted lo sabe, madre, es mejor que eso. (*Señala el transistor*).

TERESA.—(*Igual*) ...¿Y qué estabas tú haciendo ahí dentro? (*Enojada*). ¿Pero tú no estabas oyendo que yo te estaba llamando?

Juan se sienta. Coloca la radio en la mesita.
¡Juan! Deja la radio esa ahí dentro enseguida.

¡Juan! No me pongas más nerviosa de lo que estoy, ¿sabes? Pero...

Juan va a encender la radio, indiferente.

¿Además, con qué permiso entraste tú ahí? Pero si nunca lo has hecho...

JUAN.—Nunca, desde hace siete meses...

TERESA.—(*Excitada*). ¿Y tú no sabes que yo tengo ordenado que nadie entre sin mi permiso en la alcoba de Germán, cuando él está fuera?

JUAN.—(*Mira a su madre, casi burlón*). ¿Germán? (*Serio*). Don Germán, madre. El señorito Germán.

TERESA.—¡Que dejes la radio esa, te digo! (*Cambia. Implora*). Juan, no me estés sacando de quicio, ¿te enteras? Después dicen que soy yo... Juan, estoy cansada. Vamos a tener la fiesta en paz.

JUAN.—(*Se detiene. Una sonrisa nueva, vehemente. Una mirada brillante*). ¿La fiesta? Madre, usted ha dicho: La fiesta; ¿no es eso? (*Exaltado*). ¡Sí! Es fiesta hoy, fiesta. Fiesta, Ana.

ANA.—(*Extrañada*). ¿Fiesta?

JUAN.—¡Sí! Sábado de fiesta.

TERESA.—(*Amenazadora, harta*). Juan, ¿tú me quieres hacer caso, sí o no?

JUAN.—(*Seco*). No, madre. Esta es su casa. Entro y salgo donde me da la gana. En esta fiesta de hoy. Soy su hijo mayor, madre.

TERESA.—(*Amarga*). ¿Tú? No, no. Ese se me murió hace tres años. Tres años.

JUAN.—Además, estoy enfermo, madre...

TERESA.—(*Sarcástica*). ¿Tú?

JUAN.—Enfermo de los nervios, madre. Como usted. Como tú, Ana. Como todos los habitantes de la tierra.

TERESA.—(*Se dirige, de pronto, hacia Juan*). ¡Se acabó! Deja la radio esa...

JUAN.—(*Se pone en pie. Inmóvil. Una voz llena de autoridad*). Tenga cuidado, madre.

TERESA.—(*Atónita. Se detiene*). ¿Qué dices tú?

ANA.—(*Mediadora, casi asustada*). ¡Por Dios Santo! Tened calma, por Dios...

TERESA.—(*Chilla*). ¿Calma? ¿Pero cómo voy a tener calma? ¿Tú no estás viendo que me va a volver loca? Si es que esto es todos los días, todos los días... Ya no aguanto más ya... Todos los días, todos...

JUAN.—Desde hace siete meses. Desde que el señorito se vino a vivir a su casa, fíjese bien.

TERESA.—(*Nerviosa*). ¡Ya estamos con lo mismo! Pero vamos a ver: ¿qué es lo que te ha hecho a ti Germán, vamos a ver, qué?

ANA.—Juan, ¿me permites? Realmente, no tienes derecho...

JUAN.—Ana, cuñada, viuda de mi hermano el mayor, escúchame...

TERESA.—(*Interrumpe*). ¡No le hagas caso!

JUAN.—(*Sereno*). Escúcheme usted también, madre.

TERESA.—¡No! (*Pausa breve. Fatigada*). Me tengo que ir a la cocina y cuando vuelva quiero ver la radio esa ahí dentro; ¿tú me has oído? ¡Dentro! (*Va hacia la derecha*).

JUAN.—(*Enérgico*). ¡Escúcheme le digo! (*Dulce*). Tengamos la fiesta en paz. Usted lo dijo. Espere, ma-

dre, espere. Atiéndame. (*Confuso, emocionado*). Sí...; es... como un milagro. Usted, seguramente, lo dijo sin darse cuenta...

TERESA.—(*Se vuelve, desconfiada*). ¿Qué he dicho yo?

JUAN.—(*Brusco*). No me interrumpa. (*De pronto, bondo, extraño*). Todo ha cambiado. (*Hay un tono nuevo, de enorme gravedad, en la voz de Juan*).

Teresa y Ana callan.

Todo. Hace unos minutos nada más. En un momento, todo ha terminado y todo ha vuelto a empezar. (*Mira a Teresa, mira a Ana. Como iluminado*). Todo.

ANA.—(*Es un presagio; una sombra de presagio*). ¿Qué quieres decir?

TERESA.—(*Explota, enérgica*). ¿Y toda esa palabrería inútil que el Diablo te ha dado, ¡sí, el Diablo!, eso, ¿cuándo se va a terminar? ¿Cuándo se van a terminar todos los discursos esos? Dímelo, dímelo, porque es que yo, ya no sé, ya no sé...

JUAN.—(*Tras pausa*). Madre, yo tengo hoy que decir todas las palabras del mundo. Ya puedo.

Ana, en un ademán, advierte a Teresa que no preste atención a Juan.

(*Éste ha reparado en Ana; enojado*). ¿Qué pasa, Ana? (*Repite las palabras que Ana ha querido decir*). «No le hagas caso, ¿verdad? ¡Pobre Juan!» (*Veheamente*). ¡No, Ana, no! ¿Tú sabes lo que tienes que decir? ¡Pobre Ana! (*Con desprecio*). ¡Sí, pobre tú!

TERESA.—¡Juan!

JUAN.—(*Continúa, igual*)... Cosiendo anoche hasta más de las tres y media de la madrugada para ver entrar al señorito... ¡Pobre tú!

ANA.—(*Firme*). Juan, no te consiento...

JUAN.—...Pero el señorito que más nunca terminará los estudios, ni trabaja... •

TERESA.—¿No va a la Constructora o qué?

JUAN.—(*Casi violento*)... Ni nadie sabe por qué se vino a vivir aquí... (*Se encara con Teresa*). ¿Por qué tiene usted que cuidarlo? ¿Por qué? ¡Tiene veintiocho años!

TERESA.—Porque me da la gana y ya está.

JUAN.—(*Con furia contenida*). Ah, le da a Vd. la gana, ¿verdad? (*Con rencor*). Al señorito que volvió anoche borracho a su casa...

TERESA.—¡Mentiras!

JUAN.—...A las tres y media del amanecer... ¡Borracho! Claro, por dentro, elegantemente bebido, pero, por fuera, con todo el mundo, madre: ¡Borracho! Esa es la palabra que emplea el pueblo.

TERESA.—¡Ya salió el pueblo! ¿Ya vamos a empezar?

JUAN.—Cuando usted quiera. Ojalá.

TERESA.—Toda la maldita vida con el pueblo... ¡el pueblo para arriba, el pueblo para abajo! Y son los que mejor están hoy en día. ¡Me río yo del pueblo tuyo! ¡Los que mejor están hoy en día, sí, señor! ¡Cállate de una vez! (*Se vuelve para salir por la derecha*).

JUAN.—Ni debe reírse, ni lamentarse, madre. (*Antes de que Teresa salga*). ¡Madre! Un día usted me

dijo que debían despedirme del bar, porque a veces no voy al trabajo, ¿no es eso?

TERESA.—(*Se vuelve*). ¡Sí! Me gustaría poderle decir a Don Pedro que eres amigo del médico del Seguro y que te rebaja cuando tú se lo pides...

JUAN.—Son días sin trabajo, madre.

TERESA.—Pues me gustaría que Don Pedro se enterara, para que te despidiese... Pero como me hace falta la porquería de sueldo que ganas, me tengo que aguantar...

JUAN.—Entonces, escúcheme: ¿Por qué no lo despiden a él también?

TERESA.—¿Despedir? (*Mira a Ana*).

ANA.—¿A quién?

JUAN.—¡Al señorito! Sí, a Don Germán. Sí, sus padres debían despedirlo. Los señores de la capital, llenos de dinero, debían saber, usted debía decirles también que el señorito los está engañando un día detrás del otro ¡dentro de su casa!... En la casa de usted que le sirve... de teatro al señorito. ¡Qué vergüenza!

TERESA.—(*Furiosa, de nuevo*). ¿Vergüenza? ¿Por qué? ...Pero qué estás diciendo... (*Un ademán tajante*). Bueno, mira, se acabó. Se acabó. (*Se vuelve otra vez hacia la derecha, para salir*).

JUAN.—En su casa, que es la nuestra.

TERESA.—(*Lo mira, secamente*). Es mi casa y de nadie más.

JUAN.—Sí; su casa que es recogida. Una casa honrada y seria. Ana, ¿cómo se dice? ¡Ah, sí! Una casa de familia honesta. Sí. Debían inventar una ley nueva. ¡La ley del despido de los señoritos!

TERESA.—(*Excitada, torna a Juan*). Pero, vamos a ver una cosa de una vez. ¿A ti qué es lo que te ha hecho Germán, vamos a ver, me lo quieres decir?

JUAN.—(*Amargo*). La primera... ¡Tantas cosas!... La primera venir a vivir aquí, entre nosotros, aquí. (*Con angustia*). ¿Por qué, madre? (*Sigue: a Ana, excitado*). Ana ¿te acuerdas? Su distinguida madre..., el primer día, hace ya siete meses, madre, no se acuerda? ¡Vino a inspeccionarlo todo, madre, vino a inspeccionarnos a nosotros también! (*Decepcionado*). Y usted aceptó. Y estuvo sonriendo todo el tiempo que duró la inspección. (*Lento*). Fue una vergüenza, madre.

TERESA.—(*Con rabia*). ¡Sí, pero tú comes tres veces al día y tres platos en el almuerzo con la renta que saco de la habitación esa! (*Despectiva*). Vergüenza... ¿De eso no te das cuenta, verdad? Venga, contéstame, si puedes. Es muy fácil ponerse a hablar. Contéstame.

JUAN.—(*Tratando de estar sereno*). Le contesto: Esa era su habitación. Ahí dormiría con mi padre, si él viviese. Es la mejor habitación de toda la casa. (*Pausa breve, contundente*). Alquilada a un extraño.

TERESA.—(*Enérgica*). ¡Pues claro está que sí! ¿Qué otra solución teníamos, dime, cuál solución había? (*Se enfrenta a Juan*). ¿Por qué no te buscaste tú un trabajo para las horas que no tienes que ir al bar? Dime, contéstame. (*Sarcástica*). ¡Con todo lo que sabes, con todo lo listo que todo el mundo dice que eres! (*Secamente*). ¡Pues yo no

lo veo por ninguna parte, por ninguna, para que lo sepas! Los listos son los que ganan mucho dinero. Hay que buscar, buscar trabajo; hay que matarse si es necesario, ¿te enteras?... buscando y buscando... todos los días... (*Está fatigada nuevamente*).

ANA.—Por Dios, sosiégate, Teresa...

TERESA.—(*Igual*). Pero tú con hablar y echarte tus discursos... ¡ya está todo arreglado! (*Respira forzadamente*). Discursos, palabras... y... protestas... (*Pausa*). (*Con furia nueva*). Claro que no te vayas a creer que no me lo explico porque a quien salir tienes...

JUAN.—(*Intensamente herido*). ¡Cállese, madre, cállese!

TERESA.—A mí dentro de mi casa no me manda a callar nadie... ¡Pues no me faltaba a mí más que eso. (*Jadeante*). Lo que se hereda, no se hurta, ¿te enteras? (*Entrecortada*). Ana... me voy a la cocina. Tú vete arreglando la habitación de Germán. Desde que llegue Santiago nos sentamos a la mesa. (*Sale por la derecha*).

ANA.—(*Está inmóvil. Siempre su aire de tristeza. Después mira a Juan. Seria, comedida, disgustada*). Por Dios, ¿por qué habéis de reñir sin cesar? (*Correcta*). Oye, Juan: No me has ofendido. Créetelo. Pero si anoche cosí hasta bien tarde fue únicamente porque hoy debía entregar un vestido. Nada más.

JUAN.—(*Una sonrisa de ternura*). ¡Ana! ¿Y tú me das explicaciones? ¿Tú... a mí? (*Hondo*). Ana, fíjate: Hoy tenemos para almorzar puchero. Más nada. Un puchero barato seguramente, con pocas cosas,

porque el señorito almuerza con sus amigos. El agua será del tiempo y de fruta tendremos plátanos. Yo lo sé. (*Alegre*). Pero la comida no es nada más que para nosotros. Por eso es un banquete, Ana. ¿Te das cuenta? ¿Comprendes?

Ana le ha oído en silencio, extraña. Después, va hacia el fondo, hacia la puerta cerrada, de reluciente madera barnizada.

(*Cambia. Brusco*). ¿Dónde vas? No se puede entrar ahí.

ANA.—(*Se detiene muy sorprendida*). ¿Cómo?

JUAN.—¿No me has escuchado? Ahí no se puede entrar.

ANA.—(*Sin comprender; acaso recelosa*). Pero, Juan... ¿por qué?

JUAN.—Lo que has oído.

ANA.—(*Tras pausa. Surge una sospecha nueva*). ¿Qué te ocurre?

Una pausa diferente, breve. Después, Comienza el ruido de un ascensor.

JUAN.—(*Cambia. Con ironía*). Ese debe de ser mi hermano Santiago.

El ascensor se detiene, próximo.

¿No te lo dije?

ANA.—(*Esta mirando a Juan*). Pero, Juan...

Suena, tres veces, como la alegría, el timbre en la puerta de la izquierda.

JUAN.—(*Una cierta ironía cruel*). Es Santiago. Abrele la puerta, Ana. porque mi hermano es... es el porvenir, ¿sabes? Caiga quien caiga o quien no caiga, pero sonriendo; explicándole a quien a lo mejor ni te está mirando, pero sonriendo; diciendo frases que él...

Tres veces, nuevamente, suena el timbre.

se prepara de memoria a cada momento para los que ni lo van a escuchar, pero siempre sonriendo. Abrele, Ana, ábrele. Mi hermano no puede perder el tiempo.

Ana ha abierto la puerta de la izquierda. Santiago entra. Tiene veintitrés años. Es fuerte y guapo. Sonríe siempre. Está lleno de seguridad; lleno de deseos de no tener problemas. Viste pantalones grises immaculados, modernos. Un pull-over elegante y caro.

SANTIAGO.—¡Hola, Ana! Oye, estás formidable con el peinado ese.

ANA.—(*Aún extraña; sonríe brevemente*). Gracias, Santiago.

Juan ha encendido la radio portátil. Está sentado. Una emisora retransmite, en un piano, el adagio de la sonata en fa de Mozart.

SANTIAGO.—(*Mira a Juan. A la radio. Sorprendido, sin alterarse nunca*). Esa es la radio de Germán. ¿Es que te la ha prestado?

JUAN.—(*Sin amabilidad, sin mirarlo*). Y lo que están

tocando me gusta y lo quiero oír. Es de Mozart, ¿sabes?

SANTIAGO.—(*Curioso*). ¿Germán te prestó la radio?
Ana, ¿dónde está Germán?

JUAN.—(*Con sorna*). ¿Qué te pasa, Santiago?

ANA.—(*Seria*). Almuerza con sus amigos de Madrid.

SANTIAGO.—(*Contrariado*). ¡Venga! ¿Hoy también?
(*Cambia; mira a Juan y sonrío*). Comprendido
(*Se acerca algo hacia la puerta de la derecha*).
¡Mamá! (*Es como un saludo*).

JUAN.—La casa es chica, no tienes por qué gritar.

SANTIAGO.—(*Sonríe*). Sí, hombre. A tus órdenes.

Santiago se sienta a la mesa, en su puesto. Saca el periódico de la mañana y lee la hoja de deportes.

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

Ana está en pie, hacia la izquierda, indecisa, quizás incómoda. Durante unos segundos sólo está la música de Mozart.

JUAN.—(*De pronto, su voz parece lejana. Lentamente, íntimo*). Siéntate, Ana, y escucha la música.

ANA.—(*Extraña*). He de ayudar a tu madre en la cocina.

JUAN.—No le gusta, ya lo sabes. Anda, siéntate. (*Una pausa. Después, diferente*). Mira, Ana, cuando era niño, fue a los once años, yo tuve un amigo muy rico. Esto nunca se lo había contado a nadie. Aquel amigo tenía la misma edad que yo; tenía el mismo nombre que yo. (*Con serena convicción*). Pero nunca nos hablamos, ¿sabes? Como debe de ser. Pero, siéntate, Ana, anda.



Ana se sienta, aún indecisa, en otro de los sillones amarillonegros.

Juan vivía enfrente de nosotros, cuando nosotros vivíamos en Las Canteras. Enfrente mismo. Tenía una casa grandísima y el jardín era más grande todavía. Había tres palmeras más altas que la casa. Y una araucaria de esas... Ana, ¿por qué aquí los ricos viven, cuando menos te lo esperas, rodeados de pobres? (*Pausa. Una sonrisa para sus recuerdos*). ¿Pues tú sabes, Ana? Juan estudió precisamente esta sonata, que yo se la oí una vez a un pianista extranjero que la tocó aquí, en el Teatro Pérez Galdós, y fuimos mi padre y yo a oírlo.

SANTIAGO.—(*De pronto, deja de leer*). Ana, ¿Germán viene después, no?

ANA.—No lo sé.

SANTIAGO.—(*Preocupado*). Pero ¡si es que vamos a ir juntos esta noche al boxeo y él tiene la entrada mía! ¿Si no viene, dónde lo veo? (*Se autotranquiliza*). Bueno, claro que vendrá.

JUAN.—Hoy está con sus verdaderos amigos, Santiago. Se va a olvidar de ti.

SANTIAGO.—(*No le hace caso a Juan*). Ana, por casualidad, ¿a ti no te dio mi entrada?

JUAN.—(*Casi mordaz*). Ana no ha visto hoy al señorito.

SANTIAGO.—(*Sonríe*). Bueno, entonces se la dio a mamá, seguro. (*Y sigue leyendo, sentado a la mesa*).

JUAN.—(*Seco*). Tampoco.

SANTIAGO.—(*Sonriente*) Pero ¿tú no querías oír la música

esa? Porque yo también quiero leer la prensa.
(Lee).

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

JUAN.—(Tras pausa; lleno de recuerdos). Ana, mi amigo Juan tenía un profesor de piano particular. Iba tres veces por semana a darle clase a la casa. Juan tenía el piano en una torre, en un mirador altísimo que tenía la casa... Bueno, ahora ya no es tan alto, ¿sabes? Por los hoteles... Pues la abuela de Juan le compró un piano marca Stenway. Son de los pianos más buenos que hay, me parece. Mi padre me lo dijo y tú sabes que él entendía mucho de música. Bueno, él entendía de todo, Ana. Si lo llegas a haber conocido...

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

Yo, desde la azotea de la casa nuestra, me escondía y me ponía a escuchar cómo tocaba Juan. (Se detiene; bondo). ¿Dónde estará ahora? (Continúa). Ana, yo estaba ya trabajando en el bar..., sí, con Don Pedro. Acababa de entrar para hacer los recados... Pero cada vez que podía me escapaba y me escondía en la azotea para oír a mi amigo Juan. (Una sonrisa triste). Como yo no fui a la escuela mucho, esas fueron las fugonas mías, Ana.

SANTIAGO.—(Vuelve a dejar la lectura). Oye, Ana, hazme un favor, anda. Mira en la alcoba de

Germán, en la mesa de noche. A ver si está allí mi entrada.

JUAN.—Siéntate, Ana. (*Grave*). La puerta esa está cerrada.

SANTIAGO.—(*Sorprendido*). ¿Cerrada?

JUAN.—(*Despectivo*). Sí, hombre, sí. Tú sigue leyendo el boxeo de esta noche y la alineación de mañana.

SANTIAGO.—(*Sonríe*). Lo que usted mande, capitán. (*Lee*).

ANA.—(*Ademán de levantarse*). (*Incómoda*). Juan, perdóname, ¿quieres? Quizás tu madre me necesite.

JUAN.—Ya te hubiese llamado. Siéntate. Mira, una mañana, cuando salía para el bar, estaba Juan en la portada del jardín. Llorando. Yo entré con él sin decirnos ni media palabra, subimos a la torre y se habían llevado el piano también. Era que los padres de Juan se habían arruinado, ¿sabes?, y los del Juzgado se habían llevado todo. (*Pausa breve*). Yo, después, me fui a trabajar y Juan, callado también, me acompañó hasta la puerta. No hablamos nada, pero, al final, ya no estaba llorando. (*Convencido de que tiene la razón*). Es como debe de ser, ¿verdad? Y ya no lo he vuelto a ver más. (*Lento*). Desde entonces, todos fuimos ya pobres en el barrio.

Santiago ha dejado de leer. Mira a Juan, como si éste hablase un extraño idioma.

Y de pronto, Santiago se pone en pie y se dirige hacia la puerta del fondo, cerrada, de reluciente madera barnizada.

(*Rápido*). ¿A dónde vas tú? Vuélvete a tu sitio.

SANTIAGO.—(*Sin enojarse*). ¿Por qué?

JUAN.—(*En pie. Sin gritar, con energía*). Porque lo digo yo.

SANTIAGO.—(*Medio sonriente, medio sorprendido*). ¡Ven-ga ya, hombre!

JUAN.—(*Amenazador*). Abre la puerta esa, si te atre-ves.

ANA.—(*Ha ido, presurosa, junto a Santiago. Lo to-ma del brazo y trata de conducirlo a la mesa*). Hala, Santiago, ven conmigo.

SANTIAGO.—(*Sin comprender nada; algo molesto*). ¿Pe-ro por qué? ¿Qué pasa?

ANA.—(*Lo trae hasta la mesa. Sonríe*). Nada. Anda, ven. Vamos a comer inmediatamente.

SANTIAGO.—Pero ¿por qué no puedo yo entrar ahí, vamos a ver, por qué? Yo entro en el cuarto de Germán cada vez que quiero.

JUAN.—(*Con pena*). No sabes discutir, Santiago.

SANTIAGO.—(*Sonrisa de superioridad*). ¿Contigo? ¡Qué más quisieras tú!

ANA.—Calla, Santiago. No le hagas caso. Te lo pido yo, ¿eh? Anda, sé buen chico.

JUAN.—No sabes discutir ni conmigo ni con nadie. Tienes veintitrés años y todavía no sabes dis-cutir.

ANA.—¿Pero queréis dejarlo de una vez?

SANTIAGO.—(*Va hacia la derecha. Es casi infantil*). Ya verás como mamá tiene mi entrada.

JUAN.—(*Exasperado*). ¡No sabe nada, nada, de tu mal-dita entrada! ¿Cómo te lo voy a tener que decir?

SANTIAGO.—(*En la puerta de la derecha*). Oye, con-

migo cortas ya; ¿te enteras? (*Sale por la derecha*).
ANA.—(*Nerviosa*). Pero, Juan, por Dios, ¿qué es lo que ocurre?

JUAN.—(*La mira fijo. Una pausa. Lenta y hondamente*). Todo.

ANA.—(*Se sienta junto a Juan. Inquieta*). Juan, tengo que hablarte.

(*El adagio de la sonata de Mozart ha terminado. Juan apaga la radio*).

JUAN.—(*Sonríe. Ha cambiado*). Es una sonata muy bonita. ¿Verdad?

ANA.—(*Inquisitiva*). Contéstame, Juan.

JUAN.—(*No quiere hablar con Ana; la elude*). Nunca sabré si mi amigo Juan llegó a estudiar el tercer tiempo).

ANA.—(*Vencida*). Es inútil tratar de que me escuches, ¿no es cierto?

JUAN.—(*La mira; sonríe*). Sí. (*Cambia. Íntimo*). Ana, ¿dónde estará Juan ahora, en este momento, ahora mismo exactamente? ¿Tú nunca piensas, de pronto, en estas cosas? (*Normal*). Sí, porque la familia de Juan se marchó enseguida del barrio, desde que se arruinaron y yo no sé si también de la isla... Ana, ¿se sentirá vergüenza cuando ya no se es rico? ¿Qué se sentirá?

ANA.—(*Le mira*). Tristeza.

JUAN.—(*Sonríe*). Bueno, entonces, nosotros no la vamos a sentir nunca. (*Cambia, seco*). Esa tristeza, por lo menos, no. (*Lentamente*). Aquel mismo año nació Santiago y en diciembre se murió mi

padre. No tenía nada más que treinta y nueve años, Ana.

(Santiago ha surgido en la puerta de la derecha).

SANTIAGO.—Mamá tampoco tiene la entrada.

JUAN.—Vete a general, que es a donde tienes que ir.

SANTIAGO.—*(Molesto)*. Mira, te voy a decir nada más que una cosa. *(Como si descubriese una frase muy efectiva)*. Solamente es pobre el que quiere serlo. Métetelo de una vez dentro de la cabeza. Si es que puedes.

JUAN.—*(Sarcástico)*. Firmado: Germán. *(Sonríe)*. Santiago, Santiago, hay que ser más rápido en las contestaciones. ¿Te fuiste a pensar eso ahí dentro? Pues eso de la rapidez me parece que es importante hasta en boxeo.

SANTIAGO.—¡Qué sabrás tú de eso!

JUAN.—Nada. Y es una suerte.

SANTIAGO.—*(Solamente a Ana)*. Ana, dice mamá también que ya vamos a comer. Me voy a lavar las manos. *(Sale por la derecha)*.

JUAN.—*(Le ha visto salir. Con desilusión)*. Sí; ahora se va a lavar las manos a cada minuto y seguramente le dará otro beso a mi madre...

ANA.—*(Inquieta siempre)*. ¿Por qué no le has dejado pasar). *(Señala la puerta del fondo)*. La puerta no está cerrada. *(Le mira)*. ¿Qué tienes, Juan?

JUAN.—*(Desilusionado)*. Yo sé por qué mi hermano se está lavando las manos continuamente. Ana, tiene veintitrés años y no sabe discutir...

ANA.—*(Como una cómplice)*. Juan, se lo diré a tu ma-

dre. Santiago le dirá que no le has dejado entrar ahí.

JUAN.—(*Vuelve de sus pensamientos. La mira.*) Quizás sí. O no. Además (*serenamente extraño*) ya no importa nada.

ANA.—(*Quiere saber*). ¿Por qué? ¿Por qué, Juan?

JUAN.—(*Vuelve a pensar en Santiago*). Pero el sobre con el sueldo, ése se lo dará Santiago a mi madre, delante de todos. Ya lo verás.

ANA.—(*Con afecto*). Pero si no conseguirás cambiar el mundo, Juan, por mucho que te empeñes.

JUAN.—(*Amargo*). Con ese pullover... ¿no te has fijado?... mi hermano parece un estudiante. (*Mordaz*). Como el señorito. (*Herido*). El pullover ese se lo regaló él.

ANA.—(*Nerviosa*). Todos lo sabemos; ya. Germán posee cantidad de ellos. ¿Qué puede importarte?

JUAN.—(*Seco*). ¡Me importa! ¿Por qué tú sabes cuándo se lo regaló? ¿Lo sabes? (*Pausa breve*). El día que mi hermano Santiago cesó como albañil y pasó a ser auxiliar administrativo... ¡en la misma empresa constructora! ¡En la misma, Ana! La empresa en la que los padres del señorito tienen casi todas las acciones. (*Agrio*). Ese día... él se lo regaló. ¿Pero tú no lo comprendes todavía? ¡Fue la forma que ellos dos tuvieron de celebrar... el acontecimiento!

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

¡Qué casualidad! Los padres del señorito tenían que venir a ser los dueños de la empresa; mi madre, su criada, y luego casi su amiga; y él venir a vivir aquí...

ANA.—Pero Santiago estudió, Juan. Durante muchas noches asistió a las clases nocturnas, arriba, en Schamann. Estudió, Juan. Contabilidad, y mecánografía...

JUAN.—(*Interrumpiendo a Ana*) ¡Sí, por consejo de él! (*Amargo*). Y después... mi hermano Santiago tiró la cuchara y vendió sus herramientas, Ana... Las dejó a un lado. (*Avergonzado*). Y se puso una crema en las manos para que se le quitaran los callos de albañil... Es verdad, Ana. Yo lo sé.

ANA.—Pero las personas tienen derecho a mejorar, Juan.

JUAN.—(*Irritado*). Derecho, derecho... ¿Y los que no pueden... mejorar, como tú dices? ¿Esos, qué? ¿Y los que no lo consiguen aunque lo intenten, dime, esos... qué? También contéstame. (*Más fuerte*). ¿Y los que no quieren? ¿Y los que no quieren porque no les da la gana, esos, según tú, qué es lo que tienen que hacer? Morirse, claro, ¿no es eso?

ANA.—(*Se ha levantado. Mira con atención hacia la derecha*). Aguarda.

JUAN.—(*Más sereno*). A lo mejor tú tienes razón y sea verdad que las personas tengan derecho a mejorar... (*Categorico*). Pero solos.

ANA.—(*En el centro de la habitación; ha mirado hacia la puerta de la derecha*). Juan, viene tu madre. Juan, por favor, te lo ruego, almorcemos en paz. (*Sonríe*). Hazlo... (*Piensa*). ¡Sí! Por esa fiesta tuya de hoy, sábado... ¿De acuerdo?

JUAN.—(*Lento, sombrío*). Es una fiesta para todos los de esta casa.

ANA.—(*Se acerca a Juan*). Muy bien. Me lo has prometido ¿eh? (*Pone sus manos sobre los hombros de Juan*).

JUAN.—(*Retira, suavemente, las manos de Ana. Hoscamente dice:*) Tu peinado... ¿Cómo dijo Santiago? ¡Ah, sí! «Ana, estás formidable con el peinado ese...» (*Secamente*). ¿Para quién era ese peinado, Ana? ¿Para quién? Y tu traje nuevo... en esta casa... ¡Vete a quitártelo, que ya no te hace falta! (*Grave*). Más nunca te va a hacer falta.

Ana da un paso atrás. Ha sido insultada. Pero conserva su serenidad y corrección.

En este instante, Teresa entra por la derecha. La sobera humea en la bandeja. Panes en una pequeña cesta. Fruta. Un cuchillo. Un vaso.

TERESA.—(*Se ha quitado el delantal*). Ana coge el pan.

ANA.—(*Quedamente*). Sí, enseguida.

Teresa deja la sobera sobre la mesa. Ana dispone un pan en cada puesto. Teresa todo lo demás.

TERESA.—(*Se sienta. Ha mirado a Juan, un segundo, que continúa inmóvil en los sillones de la izquierda*). Ana, trae el agua, llena la jarra, que no me cabía en la bandeja esta.

ANA.—(*Tímida, dolida aún por la actitud de Juan*). Sí. (*Sale*).

TERESA.—¡Y llama a Santiago! A ver si comemos de una vez.

Media un silencio en la habitación. Por el patio, las radios dan noticias.

Teresa se sirve la sopa. Su puesto es el más próximo a la puerta de la derecha. Cercano al aparador.

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

En una radio cercana dan un programa de música de jazz. Llega, lenta, Body and soul de Johnny Green. Juan sigue inmóvil en el sillón.

(A Juan sin mirarle. Su voz es ahora amable). Ven a comer. Te voy a ir sirviendo porque está hirviendo la sopa esta.

JUAN.—*(La mira. Va a la mesa inmediatamente. Es feliz. Ocupa su puesto: Es a la derecha de Teresa, de frente. Dice con escondida emoción:) Gracias, madre. (Toma su plato ya servido de humeante sopa).*

TERESA.—*(Tras pausa, lenta, tranquila, sin mirarle). Vamos a ver si un día... tú y yo... (Lo mira. Una fugaz sonrisa.) ...Vamos a ver si un día... nos entendemos.*

JUAN.—*(Vehemente muy emocionado). (Lleno de amor). No, madre, hoy. Un día, no. Ahora mismo, si usted quiere. ¡Es que tiene que ser hoy! Madre, ya no tenemos tiempo... Es fácil, sólo tenemos que hablarlo todo... (Con respeto a su madre). El se murió y el tiempo se le escapó a usted por entre los dedos, como el agua... (La mira con cariño. Dice, apasionado). Mi padre.*

TERESA.—*(Ofendida). ¿Pero qué estás diciendo tú?*

JUAN.—*(Excitado). Sí, sí, sí, ya lo sé, yo no tenía nada más que once años cuando mi padre se murió...*

TERESA.—(*Dramática*). Pero... ¿cómo te atreves tú a decirme...?

JUAN.—(*Interrumpe, apasionado*). ¡Madre, yo fui amigo de mi padre!

TERESA.—(*Violenta*). ¡Cállate! ¡Tú no sabes nada, nada! Pero... pero... ¿quién eres tú para...? (*Despectiva*). Su amigo, dice... ¿Por qué? ¿Porque te entraba por las tardes en el Teatro?

JUAN.—(*Digno*). Sí, mi padre fué acomodador del gallinero del Pérez-Galdós y yo me siento muy orgulloso de ser su hijo. ¿Se entera?

TERESA.—(*Se pone en pie, frenética. Va hacia la derecha*). ¡A mí no me levantes la voz!

JUAN.—Entonces, mi padre me llevaba las tardes y las noches...

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

Ana cierra la puerta de la derecha.

...¡allá arriba, madre! En lo alto. Desde arriba, madre.

TERESA.—(*Con enorme furia*). Ahora la que va a hablar soy yo y tú me vas a escuchar. Me lo sé todo. Las tres cosas que tú sabes, tu padre te las enseñó. Y la corbata negra esa que llevas puesta, ¡la eterna corbata!, que cuando te la quitas es para comprarte otra nueva..., la corbata... todavía... ¡es por él! Ya lo sé, ya lo sé. Y todo lo demás, ¿no es eso? Yo era la que no lo comprendía; yo no comprendía nada, nada ¿verdad? Por eso tu padre... fuera, todo el día en la calle... a huir de aquí... para poder hablar y hablar todo lo que le diera la gana, ¿verdad?

JUAN.—(*Desesperado*). No, madre, no, que está equivocada...

TERESA.—...¡Pues no te enseñó nada, me entiendes, nada! (*Con enorme rencor desatado*). Tu padre no servía para nada, ¿te enteras? ¡Literatura es lo que tenía y se acabó! (*Ante un ademán de Juan*). ¡Estoy hablando yo! Y a ti no te enseñó sino a decir una palabra detrás de la otra y de la otra... y ¡a protestar! A hablar y a protestar... ¡sin hacer nada, nada!

JUAN.—...Madre...

TERESA.—(*Fuerte*). Porque tú eres igual que tu padre y como él te vas a pasar la vida: hablando y hablando; protestando y protestando. (*Violenta*). ¿Para qué? ¡Para nada y para nadie! ¿Me has oído bien? ¡Para nada y para nadie! (*Con furia*). Tu padre, para que te enteres ya de una vez para siempre, fue un pobre infeliz...

JUAN.—Madre, no diga eso...

TERESA.—¡Un pobre desgraciado y nadie le hizo caso nunca, nadie, nadie! La gente se reía de él... para que lo sepas... ¡todo el mundo! Y tu padre, ni se daba cuenta y seguía hablando y protestando... y soñando... y diciendo discursos...

(*Empieza a fatigarse*). (*Despreciativa*). ¡Amigo de su padre! (*Amenaza*). Yo voy tener que tomar una determinación contigo, porque yo ya no estoy dispuesta, ¿te enteras?, yo ya no estoy dispuesta a seguir aguantando esto... ¡No y no!

(*Está realmente cansada*). Y se acabó... se acabó...



JUAN.—(*Lento, con dolor contenido*). La he tomado yo antes, madre.

TERESA.—(*Con respiración entrecortada*). Cuando vengan tu cuñada... y tu hermano... ¡aquí, silencio!... Silencio. (*Sin fuerzas*). Porque yo ya no puedo seguir así, no puedo... no puedo...

Teresa se detiene. Está convulsa, jadeante. Silencio. Se escucha, lenta y sentimental, Body and soul. Pausa.

JUAN.—(*Despacio, con enorme pesar*). Entonces, lo de siempre, madre, ¿verdad? Lo dejamos para otro día, para otro día, ¿no es eso? (*La mira. Cambia. Una voz nueva, normal, pero llena de una total convicción*). Pues ya no puede ser, madre. No puede ser. Tiene que ser hoy. Todo. A la fuerza.

(Está sentado; la mirada lejana, perdida).

TERESA.—(*Mira, inmóvil, su plato. Después, lentamente, levanta la vista. Está fija en Juan: sus ojos agudos sobre él. Pregunta, casi con misterio; la desconfianza ha surgido*). ¿Por qué?

Body and soul continúa, cercano, y, de pronto, inesperadamente, suena, vibrante, fuerte, el timbre en la puerta de la izquierda.

Teresa y Juan quedan inmóviles, detenidos. Después, Juan se levanta y va despacio a abrir.

(Con temor; está en pie sin moverse, junto a su silla). ¿Por qué? (Con angustia). ¡Juan! ¿Qué pasa? ¡Juan!

Juan está ante la puerta de la izquierda. Va a abrirla.

Uno, dos, seis hombres rompen a reír prolongada, súbita y escandalosamente en un piso cercano, mientras cae rápidamente el

•

TELON

ACTO II

•

La misma decoración del acto anterior.

La acción continúa sin interrupción la del primer acto.

Juan está sentado a la mesa; la mirada lejana, perdida. Teresa tiene la vista baja, sobre su plato de sopa. Después, lentamente, levanta la mirada hacia Juan. Sus ojos agudos se clavan sobre él. Pregunta, casi con misterio; la desconfianza ha surgido.

TERESA.—(Extraña). ¿Por qué?

Body and soul, continúa, cercano, y, de pronto, inesperadamente, suena, vibrante, fuerte, el timbre en la puerta de la izquierda.

Teresa y Juan quedan inmóviles, detenidos. Después, Juan se levanta y va despacio a abrir. (Con temor; está en pie, sin moverse, junto a su silla). ¿Por qué? (Con cierta angustia). ¡Juan! ¿Qué pasa? ¡Juan!

Juan, sin volverse, avanza despacio hacia la puerta de la izquierda. Está a punto de abrirla. Teresa le mira fijamente.

Uno, dos, seis hombres rompen a reír, prolongada, súbita y escandalosamente en un piso cercano.

Juan abre la puerta de la izquierda.

JUAN.—(Alegremente sorprendido). ¿Pero eres tú? Pasa. Pasa.

TERESA.—(*Intranquila*). ¿Quién es?

JUAN.—Venga, entra para adentro, Carmelo. Pasa, hombre.

Carmelo ha aparecido en el umbral. Tiene treinta años. Es un trabajador del campo; facciones fuertes, sufridas de sol. Es atlético, muy varonil. Viste de oscuro. Camisa blanca, limpia, desabrochada, sin corbata. Zapatos negros, nuevos y recién limpios. Carmelo está cobibido; tiene la entrañable falta de desenvoltura del hombre canario de los campos cuando está en la ciudad.

CARMELO.—(*Una corta inclinación de cabeza para Teresa*). Con permiso.

JUAN.—(*Contento*). ¿Pero cómo es que has bajado este sábado tan pronto? Madre, mire, éste es Carmelo, ese amigo de San Felipe que trabaja en una de las fincas de Los López... Si ya le he hablado de él...

TERESA.—(*Una breve sonrisa forzada*). Buenas tardes.

CARMELO.—(*Sin acercarse*). Muy buenas tardes, señora. Mucho gusto de conocerla.

JUAN.—Pero, compadre, ¿qué haces desde tan temprano en Las Palmas? (*Serio*). ¿Bajaste al médico?

CARMELO.—(*Indeciso, confuso*). No, no... (*A Teresa*). Señora, usted me perdone... Yo ya sé que no son horas éstas...

JUAN.—Aquí se almuerza tarde, Carmelo. ¿Ya tú has comido?

CARMELO.—Sí, claro, ya.

JUAN.—Bueno, pero nos echamos un ron.

TERESA.—(*Continúa en pie*). Todavía no nos habíamos sentado todos a la mesa.

CARMELO.—(A Juan). No, no. No tomo nada ahora.

Teresa va hacia la derecha.

Pero no se moleste, señora... (Tímido). Si yo no quiero molestarlos. (A Juan). Si me tengo que ir enseguida...

JUAN.—(Orgullosa). Madre, Carmelo es uno de los luchadores del «Unión Norte». El que baja algunos sábados por la tarde a Las Palmas...

TERESA.—(Junto a la puerta de la derecha). No sé, verdad... Como mi hijo Juan tiene tantos amigos...

CARMELO.—(Como si lo contrario fuese imposible). ¿Y quién no va a ser amigo de él, señora?

TERESA.—(Va a salir). Con su permiso. Tenía que ir para la cocina...

CARMELO.—Sí, señora, no faltaba más...

Teresa abre la puerta de la derecha, sale y cierra detrás de sí.

JUAN.—Compadre, pero ¿y qué estás haciendo tan temprano en Las Palmas? ¿Es que no trabajaron hoy por la mañana...?

CARMELO.—(Parece avergonzado). (Breve pausa). Fui por el bar, pero no me acordaba que esta semana tienes el turno de noche... (Le mira, fugaz). Por eso vine aquí; le pides perdón a tu madre...

JUAN.—(Serio). Carmelo, ¿qué pasa?

CARMELO.—(Lento, sin mirar a Juan). También fui al bar para dejar la maleta allí.

JUAN.—(Sin comprender). ¿La qué?

CARMELO.—(Tras vencer su indecisión; con emoción). Juan, el barco se va a las cuatro... y yo no po-

día irme sin despedirme de ti... (*Sincero, con pesar*). Eso no, compadre, eso si que no.

JUAN.—(*Estupefacto*). ¿El barco? Pero... ¿qué barco, Carmelo?

CARMELO.—(*Nervioso*). Juan, no me digas nada, porque me echo para atrás...

JUAN.—(*Con energía*). Pero ¿qué barco?

CARMELO.—(*Finalmente*). Me embarco para Africa. Me voy a trabajar con los americanos. Todavía quedan algunos de los sondeos esos.

JUAN.—(*Breve pausa. Con dolor*). Eso no es verdad. Carmelo, eso son mentiras tuyas.

CARMELO.—Boro, Padrón y Molina vienen también... (*Lo mira, angustiado*). Compadre, si ya no podíamos seguir en la agricultura... ¡No ganábamos para nada! (*Parece una total justificación*). ¿Cuándo me voy a casar, Juan? Ayer firmamos los contratos...; son por tres meses de prueba...

JUAN.—(*Herido*). Entonces, ustedes bajaron ayer a Las Palmas...

CARMELO.—(*Sin mirar a Juan*). Sí. A mí me dio vergüenza ir por el bar. (*Lo mira*). ¿Qué quieres? (*Desesperado*). Compadre, yo sé que me voy a volver loco con tanta arena sin mar alrededor... y sin la comida que me preparaba la vieja...

JUAN.—(*Aún incrédulo*). Carmelo, son mentiras tuyas...

CARMELO.—(*Sonríe*). ¡Si venimos cada tres semanas, Juan! Y nos estamos una de permiso entera.

JUAN.—(*Triste, decepcionado*). Te vas de la isla, compadre...

CARMELO.—No seas exagerado, compadre...

JUAN.—(*Le interrumpe, violento*). ¡Te vas! ¡Aquí te-

nías todo lo principal! ¡Todo lo más importante!
¿Qué te dijo tu madre?

CARMELO.—Bueno, la vieja... bueno, tú sabes como es... (*Sonríe, triste*). Pero la muchacha está de acuerdo. ¿Cuándo me voy a casar, Juan, cuándo? (*Quiere estar animado*). ¡Si vengo dentro de tres semanas, compadre...! Y esa semana que estaré aquí, me bajo una noche para Las Palmas, pero entre semana, entre semana, Juan... y nos pegamos, primero un envite, para empezar... y cuando cierres... ¡Al barrio!

JUAN.—(*Le mira, con quieta indignación*). Carmelo, te van a tener trabajando de sol a sol... Tú no sabes lo que es aquello...

CARMELO.—Pero ahora puedo, Juan. ¡Y saco más de veinte veces de lo que ganaba arriba! Y con la comida y la cama pagas, Juan... Ahora todo el mundo está detrás de esto o de la Hostelería... Y yo no sirvo sino para esto, compadre...

JUAN.—Y te vas a dejar atrás todo lo que vale la pena...

CARMELO.—Quien te oyera va a decir que me voy al fin del mundo...

JUAN.—(*Seco*). Un día sólo que se pierde de vivir es bastante. Un día nada más, Carmelo.

Se abre la puerta de la derecha y entra Santiago. Trae una botella de vino en las manos.

SANTIAGO.—(*Habla hacia la derecha*). ¡Mamá, te estabas olvidando de lo más importante! (*Sonríe a Carmelo*). Buenas tardes. (*Coloca la botella en el centro de la mesa*).

CARMELO.—(*Sonríe*). Buenas tardes.

SANTIAGO.—(*Inicia el mutis por la derecha*). Ana, tráete cuatro vasos para el vino. (*Sale por la derecha y cierra*).

JUAN.—(*Con énfasis*). Carmelo, óyeme...

CARMELO.—(*Eludiéndolo*). ¿Ese es tu hermano el más chico?

JUAN.—Sí. Carmelo...

CARMELO.—...Yo me voy. Me tengo que ir ya.

JUAN.—Carmelo, espérate.

CARMELO.—No puedo. Boro y la gente me dijeron que te despidiera por ellos.

JUAN.—(*Seco*). ¿También les dio vergüenza?

CARMELO.—No sé... (*Confuso, triste*). Yo... (*De pronto abraza a Juan con fuerza, visiblemente emocionado*). Adiós, compadre.

JUAN.—(*Lo abraza, frío aún*). Adiós. (*Cambia. Con sentimiento*). Suerte, hermano. (*Se separan*).

CARMELO.—Tres semanas se pasan en un momento...

JUAN.—(*Quieto, triste*). Adiós, Carmelo.

CARMELO.—(*Pesaroso*). Juan, si tienes razón, nos tienes que perdonar; yo sé que te lo teníamos que haber dicho a ti primero... Pero, ¿sabes? (*Sonríe, triste*). Los muchachos te tenían miedo... cómo tú hablas tan bien... Y esa labia... Y sabes tanto...

JUAN.—Yo hablo... para nada. (*Mira hacia la derecha*). Hablo y hablo... al viento.

CARMELO.—(*Abre la puerta de la izquierda*). Me despides de tu madre... (*Se acuerda de algo*). Juan, si vas por el barrio me despides también... (*Se queda cortado*). ...bueno, así junto... parece... (*se decide*), bueno, saludas también a la andaluza...

Porque cuando yo venga dentro de tres semanas, ya se habrá marchado el ballet...

JUAN.—Descuida. (*Serio*). Que ganes mucho dinero, Carmelo...

CARMELO.—(*Se justifica*). ¡Tengo que salir adelante, Juan! ¡Ahora, sí! (*Rápido*). Adiós. (*Se detiene, muy emocionado*). Cuando venga nos agarramos un trompa juntos, compadre, te lo juro... ¡por mi padre, que está bajo la tierra! juntos... (*Salte rápido por la izquierda, sin mirar a Juan*).

JUAN.—(*Pausa*) (*Dice, junto a la puerta abierta*). Adiós, Carmelo. (*Le da a la puerta con la puerina y la cierra: Un golpe fuerte. Añade, inmóvil*). Buen viaje.

Y Juan queda solo. Parece más solo que jamás. Tiene una bonda y extraña mirada.

Una pausa. Desde el patio, Body and soul ha terminado.

Santiago entra con cuatro vasos, formando una torre de cristal. Teresa le sigue. Santiago va sin pullover.

TERESA.—(*Advierte*). Rómpelos, rómpelos y verás. Si a ti ya te traje un vaso antes.

SANTIAGO.—Es igual. Es un vino formidable. A Germán le trajeron de la Península los amigos esos una caja y él me regaló a mí dos botellas.

TERESA.—(*Se sienta*). Y a mí otras dos. (*Mira a Juan fugazmente*). ¿Ya se fue ese amigo tuyo?

JUAN.—(*Serio*). Sí. (*Parece volver en sí. Va en silencio a la mesa y ocupa su sitio*). Ya se ha marchado.



SANTIAGO.—(*Revolotea alrededor de la mesa poniendo vasos. A Juan*). ¿Tú quieres vino de éste?

JUAN.—(*Sin mirarlo, bosco*). Sí. Hoy tengo que beber.

TERESA.—(*Llama, hacia la derecha*). ¡Ana, estamos sentados ya! Santiago, tráeme tu plato.

SANTIAGO.—(*Toma su plato de su puesto, situado a la izquierda de Juan, frente a su madre. Se lo lleva. Dice, complaciente*). Bueno mamá, tú te olvidaste del vino, pero yo también (*deja el plato vacío sobre la mesa*) me olvidé de una cosa... (*Se introduce la mano derecha en el bolsillo del pantalón y busca algo*).

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

TERESA.—(*Le sirve sopa a Santiago*). Ten cuidado que todavía está hirviendo.

SANTIAGO.—(*Continúa buscando en los bolsillos de su estrecho pantalón*). Más, echa más, mamá. Vale. (*Va a sacar algo de sus bolsillos*).

JUAN.—(*Que ha estado observando a Santiago*). (*Sarcástico*). Todavía no, Santiago.

SANTIAGO.—(*Aún en pie junto a Teresa; sin comprender*). ¿Cómo?

Ana entra por la derecha con una jarra llena de agua. La deja sobre la mesa.

JUAN.—(*Igual*). Ahora sí, Santiago. Ya puedes. Delante de todo el mundo. Ya le puedes dar el sobre a nuestra madre.

Ana se ha sentado a la mesa. Su puesto es

a la izquierda de Teresa, de espaldas. Su aire es notoriamente triste, lleno de pesar.

SANTIAGO.—(*Sonríe*). A tus órdenes, hermano. (*Saca un sobre de color pálido y se lo entrega a Teresa*). Mamá, van trescientas pesetas más que la semana pasada.. (*Toma su plato rebosante de sopa y ocupa su puesto a la mesa*).

TERESA.—(*Toma el sobre*). Gracias, mi hijo. (*Lo guarda*).

JUAN.—(*Con dura sorna*). ¿Sesenta duros más? ¿Y eso por qué es? ¿Una gratificación voluntaria por no haberte puesto las horas extraordinarias trabajadas en la nómina?

SANTIAGO.—(*Se sirve vino*). Así será, si tú lo dices. (*Con la botella en la mano, a Ana*). Ana, te voy a servir del vino este. Es una maravilla.

ANA.—(*Quedamente apagada*). No, gracias.

SANTIAGO.—(*Sorprendido*). ¿No quieres?

ANA.—(*Igual*). No. Te lo agradezco.

SANTIAGO.—Pero si es un vino de la Península...

JUAN.—Santiago, me vas a tener que explicar una cosa. Ustedes, los administrativos, ¿no cobran por meses?

SANTIAGO.—(*Bebe. Sonríe*). Será que yo soy un fuera de serie. (*Ríe*). Mamá, tú si tienes que probarlo. Sirvele un poco, Ana; toma. (*A Ana*). Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Tampoco pruebas la sopa? (*Le da la botella a Ana*).

ANA.—(*Igual*). ...No tengo demasiado apetito. (*Le sirve vino a Teresa*).

SANTIAGO.—Pues tú no sabes lo que te pierdes. Mamá, está estupenda. (Come).

TERESA.—(A Ana, que le sirve el vino). ¡Jesús, basta, basta ya! ¿Por qué no comes tú?

JUAN.—(Incisivo). Santiago, ¿el señorito aún no te ha enseñado que no es de personas educadas sacar el dinero cuando estamos comiendo?

SANTIAGO.—(No presta atención a Juan). Mamá, ¿entonces Germán no te dijo a qué hora volvería? Yo tengo que...

JUAN.—(Seco). Pero, ¿yo no te he dicho ya que nadie más que yo he visto hoy al señorito o qué? ¡Yo solo!

SANTIAGO.—(Come, sonrío). Bueno, ¿y tú me quieres hacer el favor? Gracias.

JUAN.—(Exaltado). El favor... a tus órdenes... gracias. (Lento). Cada día me estás dando más asco, Santiago...

SANTIAGO.—(Sonríe, come). Y a mí me importa cada día menos lo que tú digas. ¿Vale?

JUAN.—(Agresivo). Asco es lo que tú me das...

TERESA.—(Un golpe sobre la mesa). ¡Juan!

ANA.—(Se pone en pie). Discúlpame, Teresa. Discúlpadme. (Da un paso para irse por la derecha).

ANA.—No es nada, no te preocupes...

JUAN.—(Muy rápido. Se levanta y va hacia Ana). No, Ana, espera.

TERESA.—(Airada, a Juan). ¿Es que ni nos vas a dejar comer tranquilos? ¡Dime!

JUAN.—(Ha sujetado con ternura a Ana del brazo). Ana, no te vayas, por favor.

- TERESA.—¡Nos vas a volver locos a todos! ¡A todos!
¿No te dije que quería comer tranquila?
- JUAN.—(*Aún sujetando a Ana*). (*A Teresa, lentamente*). Y yo le dije, madre, que ya no podíamos esperar. Ninguno de nosotros puede ya.
- SANTIAGO.—(*Come; sin interés*). ¿Esperar a qué?
- TERESA.—(*Fuerte*). Juan ¿pero qué es lo que tú quieres, Dios mío de mi vida...? (*Ademán de impotencia*).
- JUAN.—(*Con emoción*). A ustedes. Con toda la sangre que tengo.
- ANA.—(*Por primera vez con cierta energía*). ¿Quieres soltarme, Juan?
- JUAN.—Pero, Ana, no te puedes ir ahora.
- TERESA.—(*Su mirada se fija en Ana. Inquisitiva; un tono nuevo*). ¿Qué es lo que pasa?
- ANA.—(*Fuerte*). ¡Te he dicho que me sueltes!
- SANTIAGO.—(*Deja de comer*). ¿Pero qué les pasa?
- TERESA.—(*Se levanta*). Sí. ¿Qué es lo que pasa aquí?
- JUAN.—(*Nervioso, a Ana. Persuasivo*). Ana, el señorito ya no está, ¿comprendes? (*La sujeta aún*).
- SANTIAGO.—(*Sorpresa*). ¿Quién? ¿Germán?
- JUAN.—Ana, hoy tenemos que decir aquí la verdad.
- TERESA.—La verdad que tú digas, ¿no es eso? (*Uelve a Ana, autoritaria*). Ana, ¿qué es?...
- SANTIAGO.—(*Interesándose poco a poco*). Mamá, ¿qué le pasa a Germán? ¡Mamá!
- TERESA.—(*No presta atención a Santiago. Mira a Ana. Ordena*). Ana: dime enseguida que es lo que está pasando aquí.
- ANA.—(*Hondamente ofendida ante el tono de sospecha y reproche de Teresa*). ¿Cómo?... ¿Pero tú?

ANA.—(A Juan, violenta). ¡Déjame! (Se enfrenta a Teresa). Y tú me preguntas... a mí... (Con fuerza). ¿Qué estás pensando, Teresa, qué piensas de mí en este instante?

TERESA.—(Sorprendida). Solamente te estoy preguntan...

ANA.—(Explota). ¡Ya es suficiente! ¡Ya es suficiente con que mires de ese modo! Pero ¿qué sospecha? (A todos). ¿Qué pensáis de mí?

TERESA.—(Sorprendida; su dignidad ofendida). Pero, Ana...

ANA.—(Violenta). ¡Sí! ¿Qué pensáis? ¡Tú y (a Juan) tú también! Vuestros sucios pensamientos..., vuestras sucias sospechas... ¿Pero creíais que no me había dado cuenta?

TERESA.—Ana, tranquilízate.

ANA.—(Igual). ¡Tampoco puedo más yo! (Breve pausa). Germán... ¡sí! ¿Hay que mencionarlo, no es eso? Germán no representa nada, absolutamente nada para mí ¿comprendéis? Pude regresar al pueblo cuando perdí a Luis... (Con emoción), pero me quedé contigo, Teresa, con vosotros... (La voz medio rota). Porque entre todos me recordábais a mi marido...

JUAN.—(Con humildad). Sí, Ana; lo sé. Esta es tu casa.

ANA.—(A punto de llorar)... ¿Cómo habéis... podido?

TERESA.—(Muy dignamente ofendida). Y tú... ¿cómo te has atrevido a hablarme así... a mí..? Pero si hace un rato me prometiste...

JUAN.—(Despectivo). Sí; no enfadarse nunca ustedes dos. Yo estaba ahí dentro (señala la puerta del

fondo, cerrada, de reluciente madera barnizada)
y las escuché.

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

SANTIAGO.—(*Ha recordado algo importante*). Ah, sí.
¿Por qué estabas tú en el cuarto de Germán?
Mamá, escúchame...

TERESA.—Ana, siéntate. La culpa de todo lo que está
pasando aquí (*a Juan*) no la tienes sino tú, ¿me
estás oyendo?, ¡tú sólo! (*Persuasiva*). Ana, mi hi-
ja, ¿pero tú no te das cuenta de que lo que él
quería era esto? Ana, Ana... ¿Pero no lo ves
más claro que el agua? Y todo (*agresiva*) es por-
que no puedes ver a Germán, no lo puedes ver...

SANTIAGO.—(*Subrayando*). Exactamente; tú lo has di-
cho, mamá. (*A Juan*) Y Germán es bueno... y
es generoso... Mamá, ¿tú me quieres oír de una
vez? Tengo que decirte...

JUAN.—(*Con natural autoridad*). Espera, Santiago. (*Con
ternura*). Ana, vuélvete a sentar, por favor. Yo
te lo pido. Porque te conozo muy bien. Vuelve
a la mesa, a tu casa. Por favor.

Juan ayuda a Ana a sentarse.

TERESA.—(*Aún nerviosa; acaso más tranquila*). Tú me
vas a decir a mí qué necesidad había de todo
esto, qué...

SANTIAGO.—(*Un niño enojado*). Mamá, ¿pero me quie-
res escuchar de una vez?

TERESA.—¡No! ¡No quiero más historias ya! Aquí va-
mos a comer tranquilos de una vez, tranquilos.
(*Se sienta*). Anda, Ana, si de todo esto no ha-

cía falta... nada. Anda, tómate la sopa, come.
JUAN.—(*Sincero, lento*). Todo era necesario, madre.

SANTIAGO.—(*A Juan*). ¿Por qué tú no me dejaste entrar antes ahí dentro? (*Señala la puerta del fondo, cerrada, de reluciente madera barnizada*). ¡Mamá, no me dejó!

JUAN.—(*Antes de que Teresa hable*). (*Con enorme autoridad*). Me van a escuchar todos. Ana lo dijo antes: Hay que nombrar a Germán. ¡Sí, él es el todo aquí! ¡Madre, déjame seguir, por favor! El nos estaba ganando, quitándonos mucho, y cada día que pasaba más... Desde que entró a vivir en su casa, madre..., y se sentaba a comer aquí... y a dormir ahí... (*Fuerte*). Pero si ustedes se tienen que haber dado cuenta también! ¿O es que están ciegos aquí todo el mundo? (*Cambia*). Ana, yo te pido perdón, te lo pido... Por mí, y por mi madre, que no tiene tiempo nunca para pensar con el corazón... (*Con afecto*). Ana, ya no tienes de que tener miedo de nada. Ya no está.

SANTIAGO.—(*Receloso*). ¿Quién es el que no está?

TERESA.—(*Una consternación fingida*). Ana, Ana, por Dios bendito... (*La mira*) ...tú no has podido pensar..., ¿verdad que no? (*Sonríe, se autoconvence*). Bueno, claro está que no.

SANTIAGO.—(*Fuerte*). Mamá, ¿dónde está Germán? ¿Por qué está la puerta de su cuarto cerrada? Me olvidé antes de decírtelo...

TERESA.—(*Repara en Santiago por vez primera*). ¿Cómo dices tú? ¿Cerrada?

SANTIAGO.—¡Sí, cerrada! Cerrada, cerrada.

TERESA.—(*Indiferente*).—No. No puede ser. (*Amable, a Ana*). ¿Qué esta diciendo, Santiago, Ana? (*Le toca un brazo*). No puede ser.

ANA.—(*La mira, dice de pronto*). Perdóname, Teresa.

TERESA.—(*No ha comprendido; sonrío displicente*). Mujer, por Dios...

ANA.—(*Una firmeza nueva; llena de serenidad, despacio*). No, no me has comprendido. (*Breve pausa*). Juan tiene razón. Sí... (*Confusa, busca las exactas palabras*). No lo sé; pero... fue como si no me diese cuenta... pero desde que Germán llegó a casa, después de los días primeros, yo... desee vestirme mejor. Comencé a... arreglarme con más detenimiento... seguramente por él. De pronto... no sé si me explico, había alguien... alguien nuevo viviendo en casa, y... ese alguien ¡tenía todo el mundo en sus manos!... Comprendedme... Todo.

JUAN.—(*Hondo*). Sigue, Ana.

ANA.—...Y comencé a frecuentar la peluquería... (*Sincera*). Sí; por Germán también. ¿Por quién, si no?

TERESA.—(*Incrédula, molesta*). Pero, Ana...

ANA.—(*Súbitamente, seca*). No, no me he acostado con él. No temas.

TERESA.—(*Dolida*). ¡Ana!

ANA.—(*Digna*). He respetado tu casa; fue el hogar que tuve con mi marido, con tu hijo, Teresa. (*Breve pausa*). Una noche... bien; me acostumbré a coser por las noches... por él también. Una noche, Germán quiso besarme. (*Con aplomo*). Son cosas mías. (*Pausa*). Pero le rechacé. (*Con leve emoción*). Por mí... o porque me acordé de Luis... o por todos vosotros. (*La emoción en la gargan-*

ta). ¡Pero... si ni siquiera lo sé! (*Pausa. Amarga*). Pero al día siguiente, todo volvía a empezar; a empezar en mí. (*Pausa. Mira a Teresa. Con afecto*). Perdóname, Teresa. Créeme que lo siento. (*Lenta*). Germán, desde luego, no ha vuelto nunca más a intentar nada.

JUAN.—Ni podrá ya. Más nunca.

Santiago y Teresa, acaso abrumados, impresionados por las palabras de Ana guardan silencio.

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

(*Una corta alegría extraña*). Hoy es el fin, Ana. (*Pausa. Con ternura*). Ana, no te preocupes. Mi madre también se puso a hacer de señora elegante... y a veces habla peninsular. (*Mira a Teresa con enorme cariño*). Y ella no sabe que yo la quiero todavía más cuando se pone el traje ése, barato, de flores, del sábado éste.

El ruido de un ascensor. Pasa. Se aleja.

El patio está lleno de radios encendidas; de noticias apagadas; de televisores iguales. Teresa parece de pronto, vencida, con los ánimos terminados, confusa. Santiago, acaso impresionado, absorto no sabe qué decir.

Media una larga pausa.

ANA.—(*Conteniendo su emoción*). (*Muy lentamente*). He pensado... Quizás haga tiempo que lo pienso... Son muchos años sin ver a los tíos... Ellos, apenas si me escriben ya... La primavera, en el pue-

blo, está cerca... Allá, en Castilla (*la voz medio rota*) es bien hermosa...

JUAN.—(*Defendiendo*). ¿Cómo dices tú? ¿Marcharte tú de la casa ésta que es tu casa? Nunca. Eso sí que no. (*Uebemente*). Pero si él ya no vivirá más nunca entre nosotros, más nunca. ¿Cómo te lo tengo que decir?

SANTIAGO.—(*Inmediatamente*). ¿Qué estás diciendo tú?

JUAN.—(*Sin mirarlo. Seco*). He dicho: Más nunca, Santiago.

SANTIAGO.—(*Empieza a excitarse*). Pero, mamá, ¿qué es lo que está diciendo? (*A Juan, brusco*). ¡Eso son mentiras tuyas!

JUAN.—También Santiago protesta, Ana (*Sonríe a Santiago, con enorme simpatía*). Santiago, que quiere ser feliz toda la vida.

SANTIAGO.—(*Está en pie. Va hacia Teresa*). (*Excitándose poco a poco*). Pero, mamá: ¿esto qué es?

TERESA.—(*Sentada. La mirada lejana, indiferente, acabada*). Yo no sé nada. Nada.

SANTIAGO.—(*Sorprendido ante la postura de su madre*). Pero, mamá..., mamá... (*Se vuelve a Juan, fuerte*). ¡Son mentiras, mentiras! ¿Desde cuándo? ¡Son mentiras! Pero, mamá, mira a ver. ¡¡Mamá!!

TERESA.—(*Igual*). Germán no me ha dicho nada, Santiago, nada.

SANTIAGO.—Entonces, lo que yo decía, ¡son mentiras de él!

TERESA.—(*Igual; despacio*). Claro; que a lo mejor por eso no me vino Germán a saludar esta mañana... (*Serena*). Juan, ¿es que Germán te dijo esta mañana que se iba?

- SANTIAGO.—(*Cada vez más excitado*). Pero, ¿cómo se lo iba a decir a él, mamá, cómo? Si yo no sé nada, nada; si a mí ni me ha dicho una palabra. Y yo soy amigo de Germán; él no...
- ANA.—(*Sobria*). Pero solamente tu hermano ha visto a Germán hoy a la mañana, Santiago.
- JUAN.—Santiago, ya no podía vivir con nosotros. Entre nosotros.
- SANTIAGO.—(*Fuerte*). ¿Por qué, por qué? (*Irónico*). ¿Porque tenía más dinero, verdad? ¡Claro!
- JUAN.—(*Siempre sereno*). Por eso, desde luego. Pero, además...
- SANTIAGO.—(*Interrumpe apasionadamente*). A ti lo que te pasa es que te crees que te lo sabes todo, pero lo que te voy a decir no te lo has aprendido todavía. ¡Todo el mundo es igual hoy en día! ¡Igual! ¿Te enteras? ¡Todos somos iguales!
- JUAN.—(*Con gran dulzura, una sonrisa de amarga tristeza*). No, Santiago. No. No es verdad eso. Te lo juro que no. Te han engañado.
- SANTIAGO.—¡Todo el mundo es igual, igual!
- TERESA.—(*Detiene a Santiago, a su lado*). Un momento, Santiago.
- SANTIAGO.—Pero, mamá...
- TERESA.—(*A Santiago*). ¡Espera! (*Cambia*). Juan, ¿es que Germán te dijo que se iba de esta casa cuando habló contigo esta mañana? Dímelo, si es verdad.
- SANTIAGO.—(*Nervioso*). ¡Mamá, me lo hubiese dicho a mí primero, a mí! ¿Pero cómo tengo que decírtelo? ¡Yo soy amigo de Germán y él no!
- JUAN.—(*Sereno*). Con sus amigos de verdad está ahora, Santiago.

SANTIAGO.—(*Terriblemente impaciente*). Mamá, mamá, por favor, escúchame...

TERESA.—(*Casi asustada*). ¿Pero qué tienes tú, mi hijo?

SANTIAGO.—(*Igual*). Mamá... Germán no se puede ir ahora de aquí, no se puede ir...

JUAN.—(*Cambia. Enérgico*). ¿Por qué tienes tanto miedo, Santiago? ¿De qué? ¿Es que te hacía falta don Germán para subir de categoría? (*Más fuerte*). ¿En cuántas categorías, Santiago?

SANTIAGO.—(*Igual*). Mamá, mamá...

TERESA.—(*De nuevo impaciente*). (*A Santiago*). Espera, por Dios, cálmate. (*A Juan*). Bueno, Juan, habla de una vez. ¿Qué fué lo que te dijo Germán? Porque si se va a ir yo necesito saberlo; ¿verdad, Ana?

SANTIAGO.—(*Totalmente desesperado*). Mamá, por Dios. Germán no puede irse, no puede. Tú tienes que impedirselo...; tienes que hablar con él. Germán tiene que vivir aquí, por lo menos unos meses más..., unos meses más...

JUAN.—(*En pie; violento, despreciativo*). ¿Por qué, Santiago? ¿Por qué te había prometido ser Oficial de Primera Administrativo en la Constructora?

SANTIAGO.—(*Sorprendido, tras pausa*). ¡Sí! ¿Qué pasa?

JUAN.— Y te ibas a convertir por ser el administrativo más joven en Secretario del Jurado de Empresa, ¿verdad? (*Mordaz*). ¡Vaya un título tan importante! Santiago, rey de las actas y de las trampas! Despiértate de una vez, Santiago, despiértate, atiéndeme, hazme caso... ¿Por qué no hablamos nunca tú y yo?

SANTIAGO.—(*Muy excitado*). ¡Mamá, por favor! Ger-

mán se va a meter ya del todo en la Compañía... Les va a escribir a los padres diciéndoles que no estudia más ya. Ya lo tiene arreglado con el nuevo Delegado de aquí, ¿comprendes? Entonces, como Germán no se quiere ir para Madrid, sino vivir aquí, y sólo se irá a la Península, a no sé dónde, pero en los veranos nada más; los padres lo van nombrar Segundo Jefe de la Constructora...

JUAN.—(*Secamente*) ...Y entonces, tú seguirás subiendo y subiendo y subiendo...

SANTIAGO.—(*Se revuelve, con furia*). ¡Sí! ¿Y qué? Hay que ser amigo de los que tienen influencia, hay que tener amistades buenas...

JUAN.—(*Con asco*). Padrinos.

SANTIAGO.—Lo que sea; los puedes llamar como quieras, pero es lo que tú no sabes. ¡Otra cosa que no sabes! ¡Ganarte amigos! ¡Eso no lo vas a aprender más nunca! (*A Teresa, suplicante casi*). Por eso, mamá, tienes que convencer a Germán... Si se va... se va a ir olvidando poco a poco de nosotros... (*Señalando a Juan*). ¡Es que él no vive en la tierra, mamá, no le hagas caso! ¡Mamá!

Teresa está inmóvil.

(*Muy sorprendido. Teresa siempre le ha escuchado*). Mamá, ¿pero qué te pasa? ¿Por qué no dices nada? ¡Yo resolvería lo del dinero aquí, mamá! (*Se vuelve, presuroso, a Ana*). Ana, escúchame tú, anda, Ana, por favor. Si tú se lo pides a Germán...

Ana no mira a Santiago.

Ana, por favor, Ana...

JUAN.—(*Estalla violento y asqueado*). ¡Santiago! ¿Dónde están tus amigos? ¿Dónde? ¿Dónde los abandonaste?

SANTIAGO.—(*Continúa cerca de Ana*). Ana, si tú quieres, por favor...

ANA.—(*Seca*). Calla y oye a tu hermano.

JUAN.—(*Continúa*). Te olvidaste de tus amigos, Santiago. Ahora ¿desde dónde los ves? ¿Desde las ventanas de las oficinas los sábados cuando van a cobrar? ¿O tienes la poca vergüenza de ir tú mismo a las obras a pagarles? ¡Contéstame! Eloy, que te enseñó el oficio, tu oficio de albañil, me dijo el otro día en el bar que ya les has dicho tres veces seguidas que no ibas a jugar con ellos al fútbol, el domingo por la mañana... (*Con amor, con dureza*). Pero ¿dónde vas Santiago, a dónde vas a ir a parar, me lo quieres decir? Si a mí no me hubiese importado que fueras amigo del señorito...

SANTIAGO.—Pero ¿y tú quién eres? ¿Quién?

JUAN.—... ¿Por qué no? Pero a distancia. Adiós por adiós. (*Seco*). Pero, aquí dentro, dentro de la casa de nuestra madre, enchufado tú, jeso sí que no, ¿me entiendes?, eso nunca! Es muy triste decirlo, ya lo sé. (*Con hondura*) ¿Pero tú te crees que yo no lo pienso también? Pero los que son como don Germán y nosotros ya estamos para siempre condenados a estar separados...

SANTIAGO.—¡Mentiras!

JUAN.—... Sí, es muy triste, pero es la verdad. (*Fuer-*

te). ¡No te pongas a soñar, Santiago, no te pongas! ¡Tú sí que tienes que colocar los pies en el suelo, tú sí! Bájate de una vez de las oficinas esas... de tus altas oficinas...

SANTIAGO.—(*Violento; se enfrenta*). ¿Por qué? ¿Por qué lo dices tú y ya está, verdad? (*Despectivo*). ¡Miren quién está hablando! ¡Un fracasado! ¡Sí, un fracasado que lleva pudriéndose más de veinte años en un bar de mala muerte! ¡Cállate la boca ya!

JUAN.—(*Una enorme autoridad. Está herido en su íntimo ser*). No me vuelvas a decir más nunca lo que me has dicho. ¡¡Más nunca!! (*Despacio*). Yo no me estoy pudriendo en el bar, Santiago. Estoy viviendo ¿tú sabes lo que es eso? ¡Viviendo! Soy yo, soy yo mismo, Santiago. Una cosa que tú todavía no sabes lo que es. Yo no me he quedado en veintitrés años con una peseta que no fuese mía en el bar; ¿te enteras? ¿Sabes cuántos empleados han pasado en esos veintitrés años?

SANTIAGO.—¡Ni me importa!

JUAN.—¡¡Cállate!! Más de doscientos. Y todos eran unos ladrones. El que roba una peseta sola, ya es un ladrón, Santiago. Y los días que yo sé que hay trabajo, esos días, esos días, madre, usted sabe que he ido al bar hasta con fiebre y todo... ¡Y, detrás de la barra, he sido amable siempre, siempre, todos los días, con todo el mundo...! Y he sido justo, Santiago, también; que eso no tiene nada que ver con la amabilidad... Y en veintitrés años no le he pedido ni un favor a don Pedro...

Por eso, madre, yo sé los días que me puedo quedar aquí, en su casa, pensando o descansando, o me voy para Las Canteras a pasear..., a recordar, como dice usted... Don Pedro tiene tres hijos que son tres sinvergüenzas y por eso los corrió del bar y está solo y viejo... ¡Y por eso grita y se tiene que ir! Pero es un hombre, Santiago, un hombre. ¿Cómo me voy yo a marchar del bar? Aunque quisiera irme, que no quiero, ¿cómo lo voy a dejar solo? Y don Pedro no sabe nada, y sigue a la antigua, y no le vende el local a los extranjeros ni a nadie...; el mostrador sigue igual que cuando entré y las tapas son las mismas... y van los mismos clientes: los luchadores los domingos y los trabajadores todos los días... y se juega al envite... y casi no despachamos nada más que ron... ¡Es mi vida, Santiago! Pero no me estoy pudriendo en el bar... sino siendo yo, ¡yo!: ¿comprendes? Y eso es la vida. Y más nada. Nada más.

SANTIAGO.—(*Desesperado, infantil*). ¡No, qué va a ser así la vida! No, no...

JUAN.—(*Amargo*). Sí. Y si para ti eso es triste, entonces la vida es triste, Santiago. (*Cambia*). Y cuando menos te lo esperas, eso es verdad, un día, de pronto, todas las cosas son distintas... ¡son maravillosas, como dices tú! Pero nada más que un día, Santiago. Un día entre todos los días.

SANTIAGO.—No, no. ¿Verdad que está equivocado? Mamá...

Teresa está callada.

Ana, dile que eso son mentiras...

Ana está callada.

(*Protesta*). Pero entonces... ¿por qué veo yo un montón de gente de mi edad, con coches, todo el día sin trabajar... ¡todo el día divirtiéndose! Con las chiquillas, con las extranjeras... ¡Y hay otros bares que no son el tuyo... y salas de fiesta... ¡Esta es una capital importante! ¿Por qué no puedo yo llegar a ser lo mismo que ellos? ¿Por qué, dime? ¿Por qué? (*Con furia*). Pero ¿por qué se callan ustedes dos? ¿Por qué? Mamá... Ana, Ana...

El ruido de un ascensor: Pasa. Se aleja.

TERESA.—(*Un interés diferente*). (*Lenta*). Siéntate, Santiago.

SANTIAGO.—¡No! (*Queda apoyado en el aparador, tras su madre*). No, mamá, no.

TERESA.—Juan, ¿me quieres decir de una vez qué fue lo que te dijo Germán? (*Fría*). De todos modos yo tengo que saberlo.

Una pausa.

Juan, te estoy hablando. Qué te dijo esta mañana...

(*Juan tiene la mirada lejana. Parece no oír. Inmóvil en su silla*).

Pero, Juan...

ANA.—(*Está mirando a Juan, intensamente. De nuevo, su tono de presagio*). ¿Qué sucede, Juan?

TERESA.—(*Pensativa*). Lo que más me ha dolido es que no me haya dicho nada... Se debió levantar y con la misma se fue para la calle enseguida. En el cuarto de baño, ni entró... (*Se detiene. Observa a Ana, que mira a Juan*). (*Comienza a preocuparse*). Siempre lo escucho desde la cocina salir silbando la canción esa... ¿Cómo se llama, Ana? Pues esta mañana tampoco... (*Mira a Juan. El miedo empieza*). ¿Juan, por Dios, de una vez, qué fue lo que te dijo Germán?

ANA.—(*Ha tomado la iniciativa. Hace un ademán de silencio a Teresa con la mano y con una extraña serenidad dice*.) Juan, ¿por qué entraste en su habitación? Jamás lo habías hecho. Nunca, desde que Germán vino a quedarse en casa.

TERESA.—(*Cada vez más nerviosa*). ¿Qué es lo que pasa? (*Rápida*). Ana, ¿ya tú arreglaste la habitación de Germán?

SANTIAGO.—(*Enojado, infantil*). ¡Sí, y la cerró después!

TERESA.—Bueno, pero ¿qué es eso de la llave? Ana, contéstame, por Dios.

SANTIAGO.—Ya te lo dije antes y tú no me hiciste caso. (*Señala a Juan*). El no me dejó pasar... Yo te lo dije, pero tú no me hiciste...

TERESA.—(*En pie*). ¡Pero si esa puerta no puede estar cerrada...!

(*Y Teresa, despacio, avanza dos pasos hacia la puerta del fondo, cerrada, de reluciente madera barnizada*).

JUAN.—(*Sentado. Quieto*). Ana no ha arreglado la alcoba esa, madre. Yo tampoco la dejé pasar a ella.

Teresa se detiene. Se vuelve. Un rostro de dudas, temor y sorpresa.

ANA.—(*Aparenta serenidad*). Aguarda, Teresa, siéntate.

TERESA.—(*Nerviosa*). ¿Por qué? Pero, Dios mío, ¿qué pasa? ¿Pero qué es lo que está pasando hoy aquí, todo seguido... ¿Pero qué día es éste?

ANA.—(*Con energía, con valentía*). Ten sosiego, Teresa, ¿quieres? ¿Por qué no te sientas?

TERESA.—¿Por qué todo seguido, por qué, por qué...?

SANTIAGO.—(*Acaso algo asustado*). Pero mamá...

ANA.—(*Con autoridad*). ¿Queréis guardar silencio un segundo? Teresa, presta atención: antes, cuando regresé de la calle, creo recordar que tú notas que faltaba en la mesa...

Teresa mira a Ana; después a la mesa. No habla. Sus ojos, enormemente abiertos, están llenos de temor.

Juan, pleno de serenidad, ha sacado un cuchillo de uno de los bolsillos de su pantalón. Un silencio.

JUAN.—(*Lo deja, sin ruido, sobre la mesa*). Aquí está. (*Normal*). Como lo cogí, madre.

Silencio. Juan saca, seguidamente, un reloj cuadrado de platino, con pulsera de platino.

Y su reloj de platino. Estaba en la mesa de noche.
SANTIAGO.—(*Atónito*). ¿El reloj? ¡Pero si Germán no

sale nunca sin el reloj! Dice que se encuentra como...

ANA.—(*Le interrumpe*). Por favor, Santiago. (*Le ordena callar*).

Juan tiene la vista baja. Teresa es una estatua. Santiago calla, absorto.

(*Sentada junto a Juan. Le habla, conteniendo su miedo por un misterio posible; por algo que desconoce*).

Juan, óyeme. Aunque haya sucedido...

JUAN.—(*Una triste sonrisa*). ¿Qué, Ana?

ANA.—(*Sencilla*). Todos te vamos a ayudar. Todos. Tu madre, tu hermano, y, desde luego, yo. (*Mira a Teresa y a Santiago, juntos hacia la derecha*). ¿No es así? ¿Eh, Santiago? (*A Santiago*). Respóndeme.

SANTIAGO.—(*Y, de pronto, su voz es cálida. Dice, emotivo*:) Sí. (*Mira a Juan*) Sí, Juan. (*Una leve sonrisa*).

JUAN.—(*Levanta la vista hacia Santiago; hay emoción en su cara*). Juan. (*Sonríe; baja la vista. Está lleno de humildad*). Ha sido un sábado... para hablar... ¿Qué habían pensado? ...Un sábado de fiesta para... la verdad. Mi verdad, como usted dice, madre.

El ruido de un ascensor. Se acerca.

Una fiesta contra el silencio de la casa. (*Néutro*). A lo mejor viene en el ascensor ese... o vendrá

en otro. (*Mira a Teresa, pidiéndole perdón*). Madre, ¿qué había pensado usted?

(*El ascensor está muy cerca. Se detiene. Un bondo silencio*).

¿Me perdonan? Gracias. (*Mira a todos*). Yo les doy las gracias. (*Juan parece escuchar hacia la izquierda. Presta atención. Hace un ademán rogando silencio para poder escuchar unos pasos que se acercan por la izquierda*). Sí; es él. (*Amar-go*). Siéntese, madre. Deprisa. Y sonríale cuando entre, como siempre. Y tú, Santiago, venga, ve-te a tu puesto. Yo me conozco los pasos de todo el mundo.

Teresa, lentamente, aún confusa, se sienta.

Ana, coge el reloj, toma. (*Le da a Ana el reloj*). Venga, Santiago, siéntate ya.

Santiago ocupa su puesto a la mesa.

Sí; es Germán.

(*Tras un silencio intenso, la puerta de la izquierda se abre y entra un hombre. Arroja el llavín al aire y lo toma de nuevo. Tiene veintiocho años. Es bien parecido. Extraordinariamente simpático. Agradable. Viste una americana de sport, a cuadros pequeños, de colores negro, beige y gris. Los pantalones son grises, a tono. La ropa está perfectamente cortada. Corbata gris. Camisa blanca, impecable. Gafas de oro, modernísimas, para el sol.*

El hombre sonríe continuadamente. Sus modales son naturales, exactos, distinguidos, sin afectación alguna. Los cabellos van cuidadosamente peinados. Su afeitado es perfecto.

Es Germán.

GERMAN.—(*Entrando*). *Cierra la puerta. Guarda el llavín. Su acento es canario, sin exageraciones*) Buen provecho, familia. Aunque a mí esa frase nunca me ha gustado mucho. (*Ha ido junto a Teresa*). Teresa, ¿me perdonas? Esta mañana, cuando me levanté, no pude acercarme a saludarte. Tú ya sabes como se pone la peluquería de gente los sábados. Si te descuidas sales a las tres.

ANA.—(*De pronto, ha comenzado a sonreír*). Germán, ¿quieres almorzar?

TERESA.—(*Empieza a hablar. Se ha tranquilizado casi totalmente. También comienza a sonreír*). Sí, Germán, si quieres comer...

GERMAN.—(*Hace un ademán realmente simpático*). ¡Ojalá pudiera! Pero tengo que ir a comer con los amigos esos... Oye, Teresa, lo de esta mañana, no volverá a suceder, en serio, ¿eh? Salí tan deprisa que me olvidé del reloj. Por eso he vuelto. ¡Mi madre, qué bien huele la sopa esa!

ANA.—(*Le tiende su reloj*). Germán, tu reloj... Antes, cuando hice tu habitación lo vi en la mesita...

GERMAN.—(*Lo toma*). Muchas gracias, Ana.

ANA.—Y supuse que volverías.

SANTIAGO.—¿Verdad que te encuentras como desnudo si no lo llevas.

GERMAN.—Exacto. (*Tiene el reloj en las manos. Comienza a ponérselo*). Con qué ganas me quedaba a comer con ustedes... Pero los amigos esos que mis padres me han mandado de Madrid no se cansan nunca... Hoy los voy a llevar a comer al Golf... Pero son buena gente, ¿saben? Menos mal que ya se van el lunes por la noche, porque si no... ¡Ah, Santiago! Javier alquiló por fin el descapotable, en el sitio de alquiler sin chófer que tú me recomendaste y está encantado. Están abajo, ¿sabes, Teresa? Viendo el muelle. Están maravillados con esta isla. Dicen que además querían ver la cárcel dónde mi madre me dejó... ¡Si ellos supieran lo equivocados que están! No saben que aquí dentro yo soy el hombre más feliz del mundo. (*Se ha puesto por fin el reloj en la muñeca*). Ya está. Esto es otra cosa.

TERESA.—(*Sonríe, normal*). Germán, no te enfadarás porque...

GERMAN.—¿Contigo? Eso es imposible.

TERESA.—Tu radio. (*Señala la radio, en la mesita de la izquierda*).

GERMAN.—¡Teresa, por favor! Pero si te tengo dicho que la cojas, que la cojan, mejor dicho, cada vez que quieran. Parece mentira, Teresa, que me digas eso. (*A Teresa*). Pero si tú eres ahora mi madre de Las Palmas... y esta es mi casa... y de esta isla no me marcho yo más nunca... (*Cambia*). Teresa, esa sopa... ¿no habrás hecho puchero hoy, verdad?

TERESA.—(*Sonríe*). Sí. Pero el martes...

GERMAN.—Nada, nada. No te lo perdono.

TERESA.—(*Ríe*). Déjame hablar, Germán. El martes te hago otro para ti solo.

GERMAN.—No, no, para todos o nada. (*Mira a Santiago, mira a Ana*). ¿De acuerdo?

SANTIAGO.—¡Claro!

GERMAN.—Entonces, vale. Ustedes están de testigos, ¿eh Ana? ¿Santiago? ¡Santiago! Casi me olvido. Ya sabía yo que te tenía que dar algo. (*Busca en la cartera que saca de la americana*). Pero si la tengo desde ayer... tu entrada para el boxeo de esta noche. ¿Dónde está? Espérate. Los peninsulares estos vienen también a la Gallera. Pero son muy buenas personas, ya verás, Santiago. Yo quiero que los conozcas. Verás cómo haces buenas paces con ellos. Vaya, aquí está. (*Tiene la localidad, grande, azul, en las manos*).

ANA.—(*Sonríe*). ¿Llevas otro pañuelo?

GERMAN.—Ah, sí. A ver. (*Lo comprueba*). Sí; gracias, Ana. Oye, ¿sabes que estás formidable con ese peinado? Te sienta de maravilla.

Juan está en silencio. Grave, lejano.

(*A Juan, algo más tímidamente acaso*). Oye, Juan, si quieres venir tú también al boxeo esta noche... Tengo una entrada de más y me gustaría que vinieras...

JUAN.—(*Sin mirarlo*). Tengo que trabajar. Gracias.

GERMAN.—¡Ah, es verdad que tienes el turno por la noche esta semana! ¡Qué pena! Toma la entrada, Santiago.

SANTIAGO.—(*Impaciente por tener la localidad en su*

poder. La toma). (*La mira. Alegre*). ¡Pero si es de primera fila! Mamá, primera fila...

GERMAN.—No te asustes, hombre. Si las ha pagado Javier. Según parece, estos cuando se vienen de viaje se traen más dinero que nadie... (*A Juan*). Pues, qué pena, Juan, que no puedas venir, porque la velada puede resultar buena; ¿verdad, Santiago?

SANTIAGO.—¡Claro!

GERMAN.—(*A Juan*). Claro, que yo sé que a ti no te gusta mucho el boxeo, pero la verdad... era por estar contigo y con tu hermano y otros amigos. Porque... bueno, ya tengo ganas de que nos hagamos amigos como Dios manda, hombre. Bien, ya te lo dije. Y ahora me tengo que ir. Hasta luego, Teresa. ¡Adiós a todos! Teresa, puchero el martes, ¿eh?

TERESA.—Sí, Germán. (*Sonríe*).

SANTIAGO.—(*De pronto, se pone en pie*). Hasta la noche, Germán. Y gracias.

GERMAN.—(*Abre la puerta de la izquierda*). De nada, hombre, de nada. ¡Adiós familia! Pero siéntate, Santiago, que estás comiendo.

Y sale Germán. Cierra. Entró, habló y venció.

SANTIAGO.—(*Es completamente feliz*). ¡Primera fila, mamá, y además en el sitio bueno! Este Germán es un verdadero. Seguro que fue él mismo a sacar las entradas. (*Va rápido hacia la derecha*). Mamá, voy a guardar la entrada en mi cartera, que antes la dejé en mi cuarto. ¡Si la pierdo... me

- muerdo! (*En la puerta de la derecha*). ¡Mamá, esta noche me pongo el traje azul, ya lo sabes...!
- TERESA.—(*Es feliz. La comodidad y la seguridad la rodean*). Sí, mi hijo.
- SANTIAGO.—(*Saliendo por la derecha*). y me lo planchas un poco, si no está bien del todo... (*Ha salido ya*).
- TERESA.—(*Se levanta*). Voy a traer el puchero. (*Sonríe*).
- ANA.—(*Amable; intenta levantarse*). Ya voy yo; no te molestes.
- TERESA.—(*Sonríe. Todo está olvidado*). No, mi hija, yo voy.

Uno, dos, tres hombres rompen a reír súbita, prolongada y escandalosamente en un piso cercano.

(*Se detiene*). (*Sonríe*). Ana, cuando vuelva, te tengo que hablar de un asunto... Bueno, antes, cuando tengas un rato libre, a ver si ponemos unas cortinas nuevas en el cuarto de Germán... Bueno, el asunto es que... ¡pero si hace mucho tiempo que te quería hablar de esto! ¿Tú sabías que se queda libre el piso de al lado? ¿No? Pues se van los inquilinos, no sé a dónde. Fíjate. En septiembre, me parece. Tenemos tiempo de sobra.

Juan, tiene la vista fija en el plato.

Cuando a mi hijo Santiago le den el puesto ese en la Constructora... espera que ahora hablamos... (*Teresa se retoca de pronto el peinado*). ¡Jesús, qué despeinada estoy! ...Pues desde que me dijeron lo del piso ese de al lado tengo una idea...

En la radio cercana, empieza ahora Solitude de Duke Ellington.

...Espera, que tengo que sacar la carne del fuego. (*Avanza más hacia la derecha*). Dan facilidades de pago, Ana, y dejan tirar los tabiques. Con una recomendación...

ANA.—Bueno, me parece muy bien, pero ¿y la renta? Y las obras? Vamos a tener que hacer obras.

TERESA.—¡Bueno! Con Germán que nos avale algunas letras al principio, ya está... Ahora mismo vengo... Ya verás... Espera. (*Sale por la derecha.*)

Solitude continúa oyéndose lentamente. Juan, come, lentamente, de vez en vez. Un aire vencido, humillado. Y su plato está vacío, de pronto.

ANA.—(*Superficial*). Creo que probaré esa sopa que ha preparado tu madre. (*Se sirve*). ¿Quieres más?

JUAN.—(*Quedamente*). No.

ANA.—(*Prueba la sopa*). Oye, ¿sabes que tenía razón Santiago? Está muy rica esta sopa. Muy sabrosa.

JUAN.—(*La está mirando. Habla lentamente. Con amargura, con pasión*). Ana, Ana... un hombre... un hombre es... ¡sus sueños! Sus sueños. Un hombre no es lo que nos vemos obligados a hacer todos los días, no, no... sino ¡lo que pensamos!

ANA.—(*Está distraída. No ha prestado atención a Juan*). Esa música es preciosa. ¿Cómo se llama? ¿Qué me decías? ¿Qué tal está el vino? Voy a servirme un poco, pero con un poco de agua.

Media un largo y pesado silencio. Tan sólo Solitude a fondo.

JUAN.—(*Un tono nuevo. Una extraña convicción*). Ana, escúchame. (*Pausa*). Lo tengo que hacer algún día.

ANA.—(*Sin comprender. Lleva el vaso con aguavino a sus labios*). ¿El qué? (*Sonríe*).

JUAN.—(*Misterioso, lleno de dignidad, lentamente, parece estar diciendo una verdad que ha de cumplir*). Ana, te lo juro. Lo haré algún día. Lo voy a matar. Esto se tiene que acabar algún día. Todo esto tiene que acabar algún día para que todo vuelva a empezar al día siguiente.

Solitude continúa. Ana, de perfil, se ha quedado con el vaso de vino y agua en el aire. Mira a Juan y deja de sonreír.

Entonces, uno, dos, seis hombres rompen a reír súbita, prolongada y escandalosamente en un piso cercano.

Mientras cae el

TELON

ESTE LIBRO, CUYA EDICIÓN CONSTA DE QUINIENTOS
EJEMPLARES, SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES DE PEDRO LEZCANO, PASEO DE
TOMÁS MORALES, 17, LAS PALMAS,
EL DÍA 10 DE JULIO DE 1967



EDICIONES DEL EXCMO. CABILDO INSULAR

DE GRAN CANARIA

Casa-Museo de Colón

Colón, I. Las Palmas

I.—LENGUA Y LITERATURA.

1. Ignacio Quintana, Lázaro Santana y Domingo Velázquez: *Poemas*. (Publicado).
2. Luis Benítez: *Poemas del mundo interior*. (Publicado).
3. Fernando González: *Poesías elegidas*. (Publicado).
4. Sebastián Sosa Barroso: *Calas en el Romancero de Lanzarote*. (Publicado).
5. J. Marrero Bosch: *Germán o sábado de fiesta*. (Publicado).
6. Agustín Espinosa: *Don José Clavijo y Fajardo*. (En prensa).

II.—BELLAS ARTES.

1. Alberto Sartoris: *Felo Monzón*. (Publicado).
2. J. Hernández Perera: *Juan de Miranda*. (En preparación).

III.—GEOGRAFIA E HISTORIA.

1. J. M. Alzola: *Historia del Iltre. Colegio de Abogados de Las Palmas*. (Publicado).
2. Marcos Guimerá: *Maura y Galdós*. (En prensa).
3. M. Luezas: *Geografía de Gran Canaria*. (En preparación).

IV.—CIENCIAS.

1. Dres. Bosch Millares y Bosch Hernández: *El síndrome de Gardner-Bosch*. (Publicado).
2. José Murphy: *Breves reflexiones sobre nuevos aranceles de aduanas*. (Publicado).
3. G. Kunkel: *Helechos cultivados*. (Publicado).